

Aportación inicial a una relectura integral de la necrópolis romana de Torre Ciega (Cartagena)

Contribution to a comprehensive re-interpretation of the Roman cemetery of *Torre Ciega* (Cartagena)

Sebastián F. Ramallo Asensio*
M^a. Milagrosa Ros Sala*

Resumen

Desde las primeras referencias a la misma en el s. XVI, la estructura funeraria conocida como Torre Ciega ha sido siempre considerada un monumento emblemático de la ciudad, tanto por su relación sociocultural con la ciudad romana, Carthago Nova, como por las incógnitas sobre su fisonomía que persisten a día de hoy. Muchas y reiteradas han sido las referencias sobre la misma, descriptivas en la mayor parte de los casos, aunque también contamos con algún estudio diagnóstico sobre su arquitectura. Pero, hasta el momento, no se ha acometido un estudio integral de la necrópolis en la que se inserta como elemento más visible, analizando los datos con los que se cuenta en la actualidad. Por ello, el objetivo principal de este trabajo es cubrir en parte esta carencia, ordenando los datos dispersos resultado de más de dos siglos de actuaciones en su entorno.

Palabras clave

Necrópolis romana, incineración, calzada, Carthago Nova, Torre Ciega.

Summary

From the earliest references in the s. XVI, the funerary structure known as Torre Ciega has been always considered an emblematic monument of the city, both for its cultural relationship with the Roman city, Carthago Nova, as for the unknowns about its appearance that persist today. There have been many references to it, descriptive in most cases, although we also have some diagnostic study on its architecture. But, so far, a comprehensive study of the cemetery has not been undertaken in which is inserted as most visible element, by analyzing current data. Therefore, the main objective of this paper is to fill this gap partly, ordering the scattered data results of more than two centuries of actions in their environment.

Key Words

Roman cemetery, incineration, road, Carthago Nova, Torre Ciega.

* Universidad de Murcia. Regional Campus of International Excellence "Campus Mare Nostrum".

Desde 1954, cuando asumió la responsabilidad sobre las actuaciones arqueológicas en la ciudad como Delegado Local de Excavaciones Arqueológicas y hasta su jubilación en 1997, la preocupación de Pedro San Martín por conservar, restaurar y poner en valor los restos estructurales que se iban excavando en Cartagena fue siempre una constante de su quehacer profesional. Fruto de ese empeño son las numerosas intervenciones de conservación/restauración efectuadas sobre la realidad material que se iba conociendo de la antigua Carthago Nova; trabajos que han quedado en la Cartagena actual y para siempre, como testimonio de su importante labor en favor de la Arqueología no solo de la propia ciudad portuaria sino también de otros puntos de la región de Murcia. Junto con la arquitectura, este aspecto terminó constituyendo para él algo más que una actividad intelectual surgida por las circunstancias del momento, convirtiéndose en una auténtica pasión sobre todo desde aquéllos años de construcción del edificio que albergaría el actual Museo Arqueológico Municipal de la ciudad, la adecuación de su proyecto museográfico y, finalmente, su inauguración en 1982. Los autores de este trabajo, que tuvieron la suerte de tratar estrechamente con él durante esos años y los que, tras el hallazgo de los primeros restos del Teatro Romano, les siguieron, quieren rendir un pequeño homenaje a su figura y a la sincera amistad y reconocimiento que siempre nos brindó, intentando poner orden y actualidad en el yacimiento cementerial de la Torre Ciega que tanto le interesó y ocupó durante su dilatada vida de estrecha relación con la arqueología de Cartagena, adelantando así novedades de lo que será un trabajo más extenso en un futuro inmediato¹.

La Torre Ciega, el monumento funerario que da nombre a esta necrópolis, ha constituido durante siglos uno de los escasos iconos del pasado romano de la ciudad. Fue declarado Monumento Nacional por Decreto de 3 de junio de 1931 (Gaceta de Madrid nº 155 del 4 de junio de 1931) y posteriormente Monumento Histórico Artístico por Decreto 3482/1963, de 28 de noviembre de 1963 (B.O.E. de 18 de diciembre de 1963), estableciéndose

la zona de protección en una circunferencia con radio de 500 metros en torno al monumento. Sin embargo, la situación de deterioro que mostraba el monumento, a pesar de los trabajos de consolidación acometidos en distintos momentos de los siglos XIX y XX, aconsejaban una intervención de mayor envergadura (Fig. 1). El nuevo proyecto fue presentado por San Martín y aprobado el 28 de abril de 1966, ejecutándose posteriormente, si bien el acta de recepción no se firmó hasta el 30 de mayo de 1975. Las tareas establecidas se iniciaron con la demolición de la tapia de hierro y ladrillo colocada en época de A. Beltrán y contemplaron la restauración del monumento, por un lado, y la urbanización y adecuación del entorno, por otro (Fig. 2). Para todos estos trabajos se invirtió la cantidad de 271.988,34 pesetas, concedida por la Dirección General de Bellas Artes. En cuanto a la estructura funeraria, se procedió primero a desmontar la cubierta y alerón de ladrillo colocado en época de Beltrán, así como a la limpieza y eliminación de todos los rellenos añadidos en las distintas restauraciones, realizados con materiales y fábricas diversas (mortero, ladrillo, cascotes de piedra, etc.). Una vez saneado el monumento se completaron con mampostería las cuatro caras y se procedió a rehacer el revestimiento exterior mediante cuñas de piedra caliza gris de similares características a las originales. Siguiendo el mismo criterio, se colocaron las piezas angulares y se repuso casi en su integridad, y con el mismo tipo de piedra, la moldura que separaba el zócalo del prisma cuadrangular. Por encima del dado inferior se construyó una nueva cubierta formada por una placa de hormigón, con inclinación a cuatro aguas para facilitar la evacuación, apoyada sobre un zuncho de hormigón armado anclado sobre los cuatro lados que sirve también para reforzar toda la estructura. Coronando el monumento se dispuso un cono truncado en lo alto realizado con ladrillo revestido con cemento rugoso con el que se intentó reproducir, si bien parcialmente, la imagen representada en los dibujos de comienzos del siglo XVIII transmitidos a través de varios manuscritos e historias locales². Paralelamente, se procedió a la adecuación y ajardinamiento del entorno,

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación Carthago Nova: topografía y urbanística de una urbe mediterránea privilegiada (HAR2011-29330), del Ministerio de Economía y Competitividad, Dirección General de Proyectos de Investigación del Plan Nacional de I+D+i, parcialmente financiado con Fondos FEDER.

² El proyecto y toda la documentación relacionada con su ejecución se conserva en el Archivo General de la Administración. Noticias sobre el inicio y desarrollo de los trabajos se pueden leer en los diarios: *La Verdad*, del 13 de enero de 1967 (La *Torre Ciega* comienza ya a mostrar mejor aspecto) y *El Noticiero*, de 9 de septiembre de 1970, en su página 5, con fotografías del monumento antes y después de la restauración. Vid. también *El Noticiero* de 10 de octubre de 1970.



Fig. 1.- Estado de la Torre Ciega previo a la restauración de P. San Martín Moro, tras eliminar la verja levantada en la intervención de A. Beltrán (D-DAI-MAD.WIT-R-123-67-04).



Fig. 2.- Estado de la Torre Ciega tras la intervención de A. Beltrán (D-DAI-MAD-WUN-G224).



Fig. 3.- Estado de la Torre Ciega tras la intervención de P. San Martín Moro.

en una franja de 90 x 20 m paralelo a la carretera, dotándolo de una iluminación apropiada (Fig. 3).

RELEYENDO EN LAS FUENTES DOCUMENTALES SOBRE EL "MONUMENTO" FUNERARIO DE LA TORRE CIEGA Y LOS HALLAZGOS DE SU ENTORNO

Más allá de la controvertida identificación del monumento de la Torre Ciega con la *tumba coronada por una cúpula, cuya cima está atravesada por una lumbrera*, situada cerca de Cartagena, en un convento que guarda los restos de una mártir muy venerada en el país, que cita una fuente árabe³, la primera reseña conservada de esta singular sepultura corresponde al Licenciado Fran-

³ *Al-Himyari: Kitab ar-Rawd al-Mi'tar*, traducción, M^a. Pilar Maestro González, Valencia, 1963, pp. 302-305. Añade el autor árabe, según la traducción de la editora del texto: "Este monumento constituía, una vez al año, lugar de visita piadosa muy frecuentado, y los cristianos de estas regiones se reunían allí, de todas partes. Este día era el 24 de agosto. En el año 414 (1023-1024) un grupo de cristianos del país de los francos llegó en un barco que había navegado hasta el mausoleo; exhumaron la mártir y se llevaron los

cisco Cascales, quien a finales del s.XVI la describe con detalle y nos procura la imagen más cercana a su estado original en los siguientes términos: *La torre es desta manera. A raiz del suelo está labrado un asiento de grandes peñas de blanco y bermejo beteadas; sobre el cual asienta la torre, casi la mitad della cuadrada de piedras vivas, quadradas también, y no mayores que muy pequeños azulejos; más entre cada piedra media vara adentro con tal encaxe, que hacen correspondencia de hileras al derecho y al través, y de todos lados; entre hilera y hilera una brevísima distancia vacía de argamasa el largo de una mano adentro igualmente. Encima desta obra cuadrada se hace una ceja salidiza. Y de aquí arriba está fabricado un cuerpo espherico escaqueado, ni más ni menos, y sobre él un cordón de piedras largas vara y media, todas iguales; y remata la torre en un chapitel redondo a manera de campana con la misma arquitectura que lo demás del túmulo o torre⁴.*

Hay que esperar al siglo XVIII para encontrar de nuevo referencias concretas al monumento. Por F. Cerezuela sabemos que en 1706 se debía mantener completo, a juzgar por el dibujo que reproduce y al que refiere para refrendar su aseveración; por el contrario, cuando redacta su manuscrito, en 1726, solo se *conservaba el primer tercio que servía de pedestal... constando todo el edificio de alto noventa palmos castellanos, y el pedestal de treinta, todo de piedra negra, y en círculo redondo en forma de coluna la parte principal que sienta sobre el*

pedestal⁵. Es más, por el segundo dibujo que acompaña la obra se puede deducir que, incluso, la cornisa que separaba los dos cuerpos del sepulcro ya no existía (Fig. 4). Poco después, N. Montanaro interpreta la torre, que *llaman los paisanos la Torre Ciega, porque no tiene hueco, ni ventana, como un monumento conmemorativo dedicado a la memoria de P. Cornelio Escipión, que tenía una altura, completo, de 22 varas, de las cuales 7 correspondían al primer cuerpo⁶* (Fig. 5). Pocos años más tarde, L. Soler⁷ aborda el estudio de la inscripción, que considera dedicada a dos personajes distintos, T. Didio y Cornelio, describe la estructura alzada e incorpora dos dibujos, uno con el monumento reconstruido, siguiendo a Montanaro, y otro con el cuerpo inferior, parte que, según afirma, solo se conservaba en su día, *destrozado por la injuria de los tiempos y osadía de los hombres* (Fig. 6). Por el contrario, y por esos mismos años, Ascensio de Morales dibuja la inscripción de la cara frontal y añade como pie *está en lo que resta de la antigua torre que llaman Ciega, y está extramuros de la ciudad, describiéndola como una torre cuadrada, cimentada en piedra de alabastro, y luego formada de piedras negras cuadradas de poco más de una tercia⁸*. A diferencia de sus dos contemporáneos no ilustra el monumento, quizás porque *está ya muy arruinada porque los naturales han codiciado sus piedras*. Ya a finales del siglo XVIII, Vargas y Ponce, al describir el *camino que llaman de la Hilada, por la de sillares que se registran en sus márgenes, cuyo interior llenan otras piedras menudas*, señala la existencia de *trecho en trecho, de*

despojos. Durante el camino de regreso, al llegar a la isla de Sicilia, los cristianos de este país les ofrecieron sumas considerables a cambio de que les dejaran conservar con ellos los restos de la santa y enterrarlos en sus iglesias. Pero los otros rehusaron y llevaron los restos a su patria". Beltrán Martínez, A., "La Torre Ciega en una geografía árabe medioeval", *El Noticiero* [Cartagena], 12 de abril de 1944. Vid. también, Gonzalbes, E., "Restos arqueológicos de la Tarraconense oriental mencionados en autores árabes medievales", *Bolskan*, 21, 2004, pp. 85-86, con dudas respecto a tal ecuación. Sin duda el monumento romano se conservaba integro y bien visible en época islámica en la vía de acceso a la ciudad y su fisonomía se podría adecuar a la descrita por la fuente árabe, pero, por el contrario, resulta más complicado conciliar la segunda parte del texto relacionada con las supuestas reliquias de un mártir.

⁴ *Discorso de la ciudad de Cartagena dirigido a la misma y compuesto por Francisco Cascales*, Valencia, 1597. Se incluye el texto en G. Vicent y Portillo, *Biblioteca histórica de Cartagena*, Madrid, 1889, pp. 7-46. Recoge también la descripción del monumento, A. Colao, *Descripciones de Cartagena en el siglo XVI. Hurtado. Cascales. Cervantes*, Col. Almarjal, 15, Cartagena, 1969, pp. 80-82. La última edición del texto corresponde a J. M. Rubio Paredes, con prólogo de J. M^o. Jover Zamora, publicada por el Excmo. Ayuntamiento de Cartagena, 1998. El texto completo se puede consultar en Internet en edición de Elena Ortiz Ballester en la revista *Lemir*, 3, 1999, (*Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento*, <http://pamaseo.uv.es/Lemir/textos/Cartagena/general1.html>)

⁵ Edición y comentario del manuscrito en J. M. Rubio Paredes, *Fulgencio Cerezuela. Antigüedades de Cartagena*, Murcia, 1978, en particular para la Torre Ciega, pp. 58-61.

⁶ Edición y comentario del manuscrito en Rubio Paredes, J. M., Nicolás Montanaro, *Observaciones sobre antigüedades de Cartagena*, Murcia, 1977, pp. 199-200.

⁷ *Cartagena de España ilustrada; su antigua silla metropolitana vindicada; su hijo S. Fulgencio, doctor y su prelado, defendido*. Su autor Fr. Leandro Soler, colegial de la Inmaculada Concepción, Lector Jubilado, e hijo menor de la Provincia de Cartagena de la Regular Observancia del Serafín Ilegado, N.P.S. Francisco, Murcia, 1777, pp. 97-102.

⁸ Rubio Paredes, J. M., *El cuaderno arqueológico de Cartagena por Ascensio de Morales*, Murcia, 1979, pp. 61 y 106.

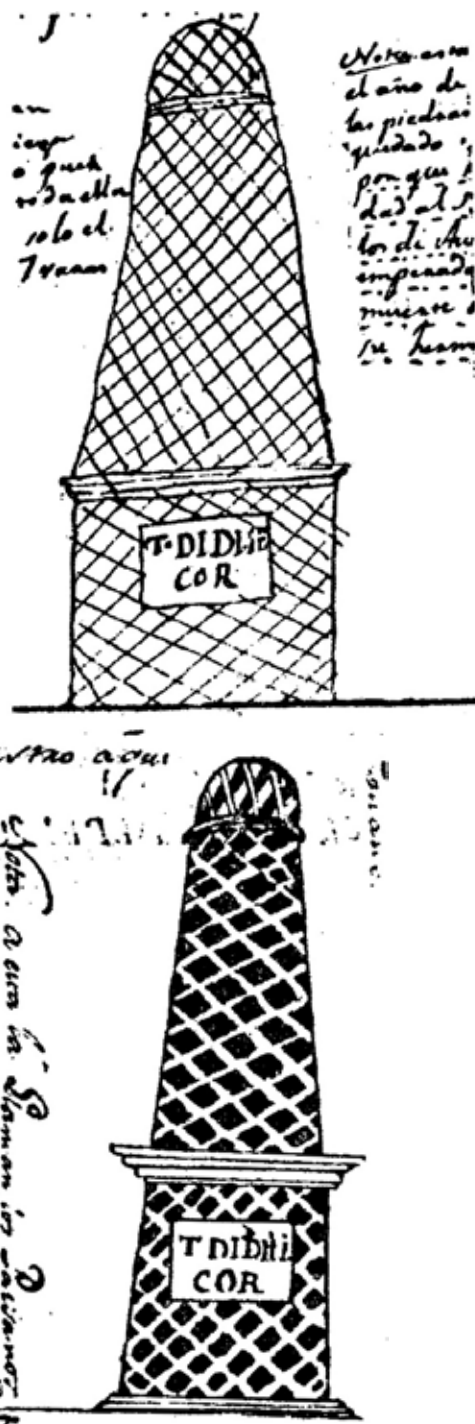
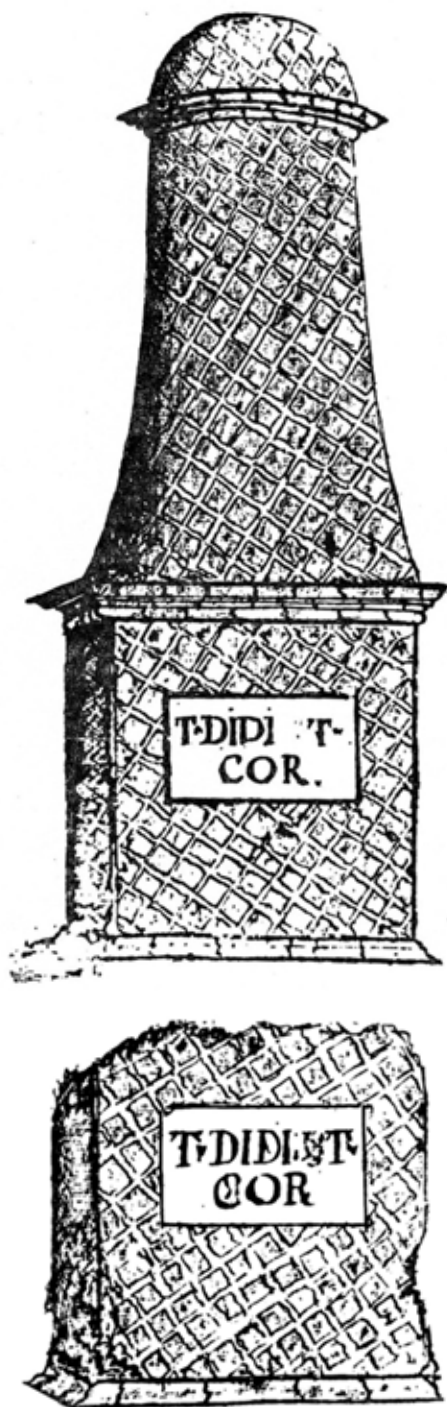


Fig. 4. - Dibujos reproducidos por F. Cerezuela mostrando el estado de la Torre Ciega en 1706 y 1726 (de Rubio Paredes, 1978, pp. 59 y 60)

Fig. 5.- Reproducción de la Torre Ciega en N. Montanaro (de Rubio Paredes, 1977, p. 199)

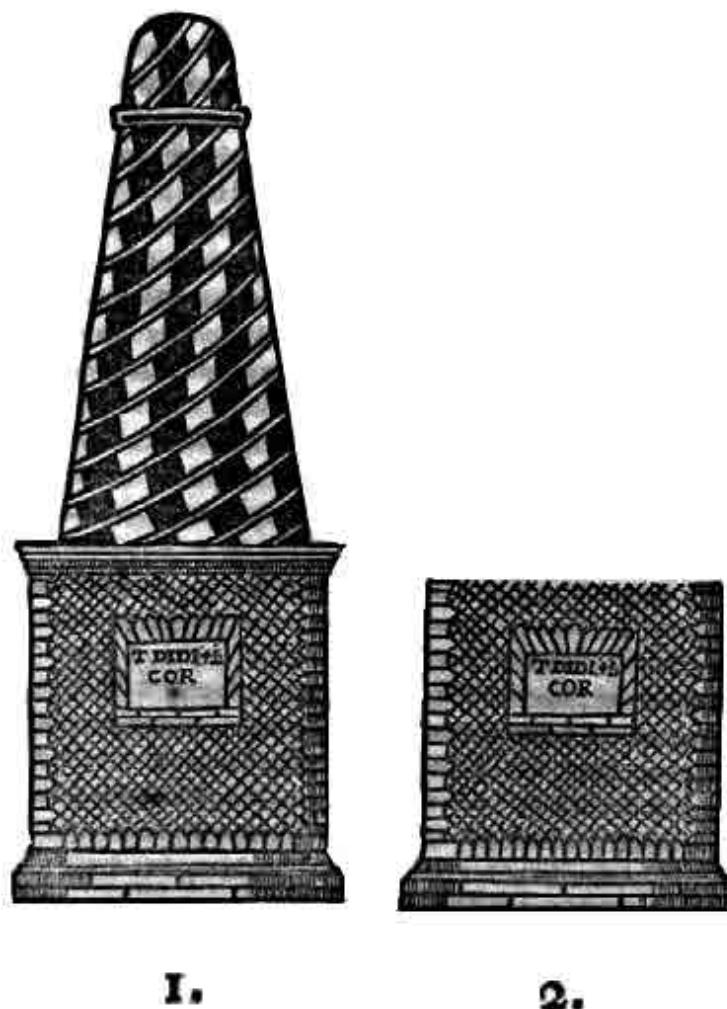


Fig. 6.- Dibujo de la Torre Ciega reproducido en la obra de L. Soler.

*ciertas torres de modo de pirámides de que restaban diez a entrada del siglo anterior, de la que dura solo la que llaman Ciega, media legua al N.E. de la Ciudad*⁹.

Otras menciones más escuetas a la Torre Ciega durante esta centuria corresponden a B. Espinalt¹⁰ y a V. Picatoste¹¹, quien la relaciona con vestigios de la antigua vía romana que aún se conservaban en la parte noreste de la ciudad. A estos mismos restos debía aludir Pérez Bayer en el manuscrito redactado en 1782 que recoge

los monumentos antiguos e inscripciones encontrados en el viaje literario desde Valencia a Andalucía, cuando al llegar a Cartagena habla de una especie de calzada o vía romana, que a una legua de Cartagena y más cerca está en varios parajes descubierta y levantada. Es de piedra menuda, y forma una especie de hormigón muy fuerte, siempre derecha sino quando forma algún pequeño ángulo por la irregularidad del terreno. Describe también la sepultura de Cartagena como una torre cuadrada, como de veinte y cuatro palmos de grueso y

⁹ Edición y notas de Rubio Paredes, J. M., *José Vargas Ponce. Descripción de Cartagena*, Murcia, 1978, p. 88.

¹⁰ Espinalt y García, B., *Atlante español ó descripción general de todo el Reyno de España. Reyno de Murcia*, Madrid, 1778, p. 78, añade además junto a la Torre Ciega, "el camino de la llada, todo empedrado desde el tiempo de los romanos, medio quarto de legua de la Ciudad". Existe una edición facsímil de esta obra editada por la Academia Alfonso X el Sabio, Biblioteca Murciana de Bolsillo, nº 26, Murcia, 1981.

¹¹ Picatoste, V., *Descripción e historia política, eclesiástica y monumental de España. Provincia de Murcia*, Madrid, 1894, p. 30.

poco más de alto. Lo interior de ella es de hormigón de piedra menuda y cal, pero está incrustada o formada de unas piedrecitas labradas de sillería perfectamente cuadradas en la haz exterior y no más anchas que cuatro o cinco dedos y colocadas no de plano sino de punta, de suerte que juntas forman una especie de enrejado que los romanos llamaban «craticulato»; añade a su descripción un dibujo muy esquemático tomado, probablemente, del manuscrito de Montanaro¹². En 1797, J. Cornide se detiene en Cartagena durante unos días donde, acompañado por Vargas Ponce¹³, visita la Torre Ciega que describe como una especie de torre de figura cuadrada, que antiguamente terminaba en pirámide, que no tiene puerta y que estuvo revestida exteriormente de unas piedrecitas cuadradas como de 3 pulgadas de diámetro colocadas en forma de losange; de mayor interés que la escueta reseña del monumento, es un dibujo firmado por Freire que se conservaba junto al manuscrito en la Real Academia de la Historia¹⁴, que ilustra el estado de conservación en algún momento, que no se ha podido concretar, de la segunda mitad del siglo XVIII. En una de las imágenes se representa el monumento en perspectiva y en otra muestra el alzado de su frente oriental, donde se incrusta la inscripción, con una escala de 3 en Vara. Al igual que en el segundo dibujo de Cerezuela, la cornisa de remate del primer cubo ha desaparecido, y el flanco izquierdo de esta cara mostraba ya un fuerte grado de deterioro; por el contrario, en la inscripción se lee con claridad la segunda línea y las tres letras iniciales de la primera, así como la última.

Casi contemporánea a la estancia de Cornide es la del Conde de Lumières¹⁵, quien visitó varias veces la ciudad para copiar la rica colección de inscripciones halladas

en su solar. Su manuscrito, realizado en gran parte en 1779, aunque publicado en 1796, incluye, junto al análisis de más de ochenta inscripciones, una descripción de la Torre Ciega, *pirámide ú obelisco sólido, sin respiradero alguno* que, según afirma el propio autor, examinó en 1783 *prolixamente por tercera vez, sacando el diseño de la forma que estaba derruido*. Acompañan la descripción dos dibujos, uno de ellos, con una reconstrucción del monumento inspirado en el diseño de Montanaro (Fig. 7), y el otro una perspectiva de los frentes oriental y meridional, donde se muestra con claridad el fuerte deterioro sufrido por el monumento, especialmente acusado en el tercio inferior de la cara sur, socavado hasta el basamento. Otras oquedades ilustra el aristócrata en la base del lado este y en la cara superior del cubo donde ha desaparecido cualquier traza del segundo cuerpo y de la cornisa que señalaba la separación entre ambos (Fig. 7). Además, afirma Lumières, *en el año 1786 se cubrió de argamasa, revistiéndolo por la superficie para colocar una inscripción que dixerá habia pasado por aquel camino el P. Diego de Cádiz, de que justamente se dolió el diarista de aquella ciudad*¹⁶. Existe un grabado del monumento coronado por una cruz y una palma, en conmemoración de tal episodio¹⁷ (Fig. 8). A su reseña añade el autor las descripciones de Cascales y de Jaime López de Zúñiga, deteniéndose finalmente, en la interpretación de la inscripción. El mismo lamento sobre el estado de deterioro de la Torre, que *dura mala y toscamente reparada* lo encontramos en Vargas y Ponce¹⁸, que la reseña de forma somera al describir el camino de la Hilada, que recibía este nombre por *la de sillares que se registran en sus márgenes, cuyo interior llenan otras piedras menudas*, y que, según el marino era visible *por grandes trozos hacia la hermita [sic] que llaman*

¹² Rubio Paredes, J. M., "Cartagena en el "viaje literario" de Pérez Bayer", *Murgetana*, 81, 1990, pp. 91-104; Salas Álvarez, J., "El viaje arqueológico a Andalucía y Portugal de Francisco Pérez Bayer", *SPAL* 16, pp. 12-13.

¹³ Abascal, J.M. y Cebrián, R., *Los viajes de José Cornide por España y Portugal de 1754 a 1801*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2009, pp. 301 y 304.

¹⁴ Abascal, J.M. y Cebrián, R., "Cornide, Freire y la Torre Ciega de Cartagena en 1797", *Mastia* 3, 2004, pp. 177-182.

¹⁵ *Inscripciones de Cartago Nova, hoy Cartagena en el Reyno de Murcia*, ilustradas por el excelentísimo señor Conde de Lumières, individuo de la Academia de Artes y Ciencias de Padua, Madrid, MDCCXCVI, concretamente para la *Torre Ciega*, pp. 106-111. Otra referencia al monumento, que "destruye más la ignorancia que el tiempo", incluye el autor en su obra *Carta que escribe el Exc.mo S.or D. Antonio Valcarcel Pio de Saboya y Moura, Conde de Lumières, AD. F. X. R. sobre los monumentos antiguos de Cartagena descubiertos ultimamente en el Barrio de Santa Lucia en la Ciudad de Cartagena*, Valencia, M.DCC.LXXXI, pp. 34-35, edición facsímil, con prólogo de E. Cañabate Navarro, publicada en el vol. 12 de la Colección Almarjal, Cartagena, 1968.

¹⁶ Parece que esta inscripción no se llegó a colocar, aunque sí una cruz de hierro que posteriormente fue reemplazada por otra de madera. Vid. Herrera, A., "La Torre Ciega", en *Cartagena Artística* del 1 de noviembre de 1891, pp. 232-233. El texto es el mismo que publica el autor en la revista *Cartagena Ilustrada*, vid. *infra*. Un dibujo de dicho epígrafe, procedente del derribo del Convento de la Merced, fue remitido por Fernández Villamarzo a la Academia de la Historia el 1 de junio de 1894 (CAMU/9/7963/36(2)).

¹⁷ El dibujo tiene la firma de Rodríguez, y lleva por título "Torre Ciega". Está publicado en la revista *Cartagena Ilustrada*, año I, nº 5, septiembre de 1871, p. 17.

¹⁸ Rubio Paredes, *op. cit.* (n. 9), p.88.

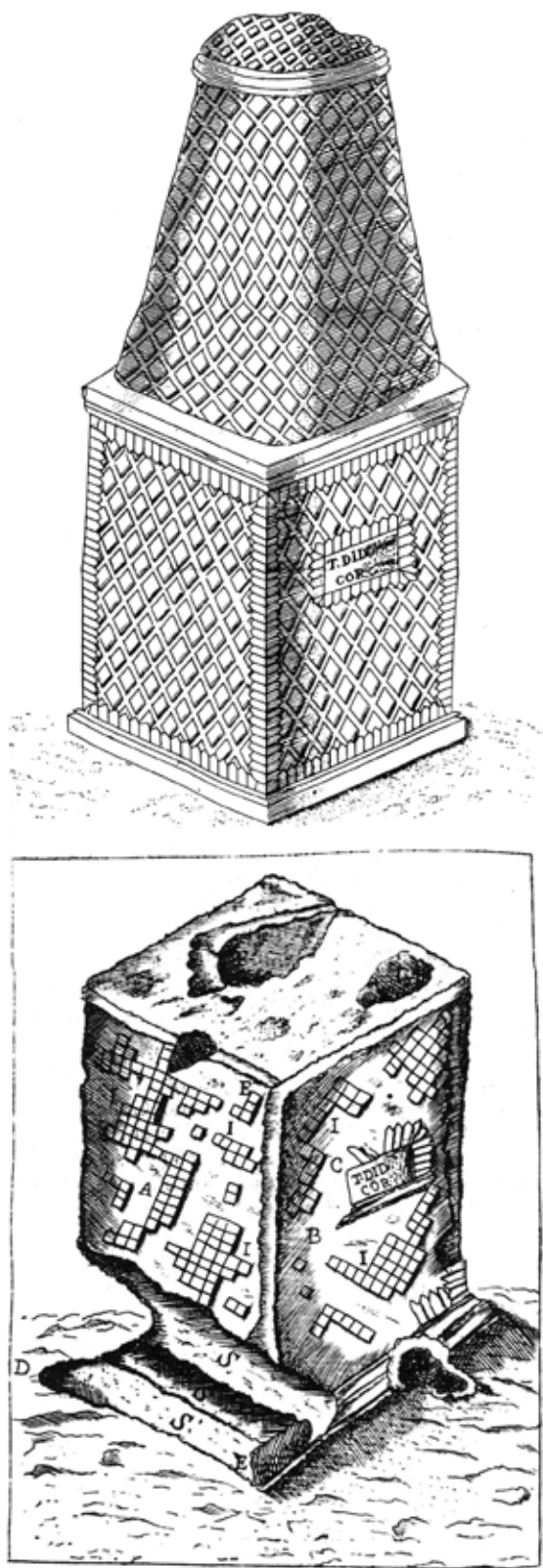


Fig. 7.- Dibujos reproducidos por Lumières (1796) con su reconstrucción en primer lugar y el estado de deterioro de la misma en segundo.

de la *Aparecida*, añadiendo además, como muestra de incuria, el expolio de la lápida que, supuestamente, fue reutilizada como pavimento ante-portal de una casa en la Plaza de la Merced. Aún más escuetas son las alusiones al monumento en la obra del padre Ortega, escrita hacia mediados del siglo XVIII¹⁹.

Como en todos los aspectos relativos a la arqueología de Cartagena, también el siglo XIX es parco en lo que se refiere a noticias sobre la Torre Ciega. Unas líneas se le dedican en un manuscrito de 1860 firmado por A. Buendía, quien recoge información de alguno de los autores que se han ocupado del tema y establece la procedencia del material utilizado en el cercano *cabezo que llaman del Frayle*²⁰. El monumento es recogido en las obras de carácter general como las de Ceán Bermúdez²¹ y Amador de los Ríos²², quien introduce una interesante fotografía del monumento tal y como se encontraba en ese momento (Fig. 9). Durante parte de esta centuria el monumento, o al menos sus frentes este, sur y oeste, debieron estar recubiertos por un enlucido de cal²³.

A comienzos del siglo XX, Fernández Villamarzo, tras recoger las opiniones sobre el monumento de historiadores y eruditos que le han precedido, afirma haber examinado *los cimientos de un edificio de la misma planta que la Torre Ciega* y recogido *objetos arqueológicos de carácter fúnebre que cedió al embrionario Museo de la Sociedad Económica de Amigos del País*²⁴; más adelante se ocupa de la inscripción, de la que narra distintos avatares, como la supuesta sustitución de la placa por otra conmemorativa *del paso por aquel sitio de Fray Diego de Cádiz* y su posterior reposición, la relaciona con el cónsul del 97 a.C. Tito Didio, y rechaza

¹⁹ *Descripción chorográfica del sitio que ocupa la Provincia franciscana de Cartagena*, edición de Pedro Riquelme Oliva, OFM, Murcia, 2008, p. 183.

²⁰ Manuscrito del Archivo Municipal de Cartagena, recogido por A. Beltrán, "Noticias sobre algunos monumentos arqueológicos de Cartagena e indicación de las mejores obras de Bellas Artes de la misma Ciudad", *Boletín Arqueológico del Sudeste Español*, 1, Cartagena, abril-junio, 1945, pp. 105-106.

²¹ *Sumario de las antigüedades que hay en España*, Madrid, 1832.

²² Amador de los Ríos y Fernández de Villalta, R., *Murcia y Albacete*, Barcelona, 1889, pp. 558-563.

²³ Tal y como se afirma en el Diario, *Eco de Cartagena*, de 5 de mayo de 1877.

²⁴ Fernández Villamarzo, M., *Estudios Gráfico-Históricos de Cartagena. Desde los tiempos Prehistóricos hasta la expulsión de los Árabes*, Cartagena, 1905, pp. 31-34.

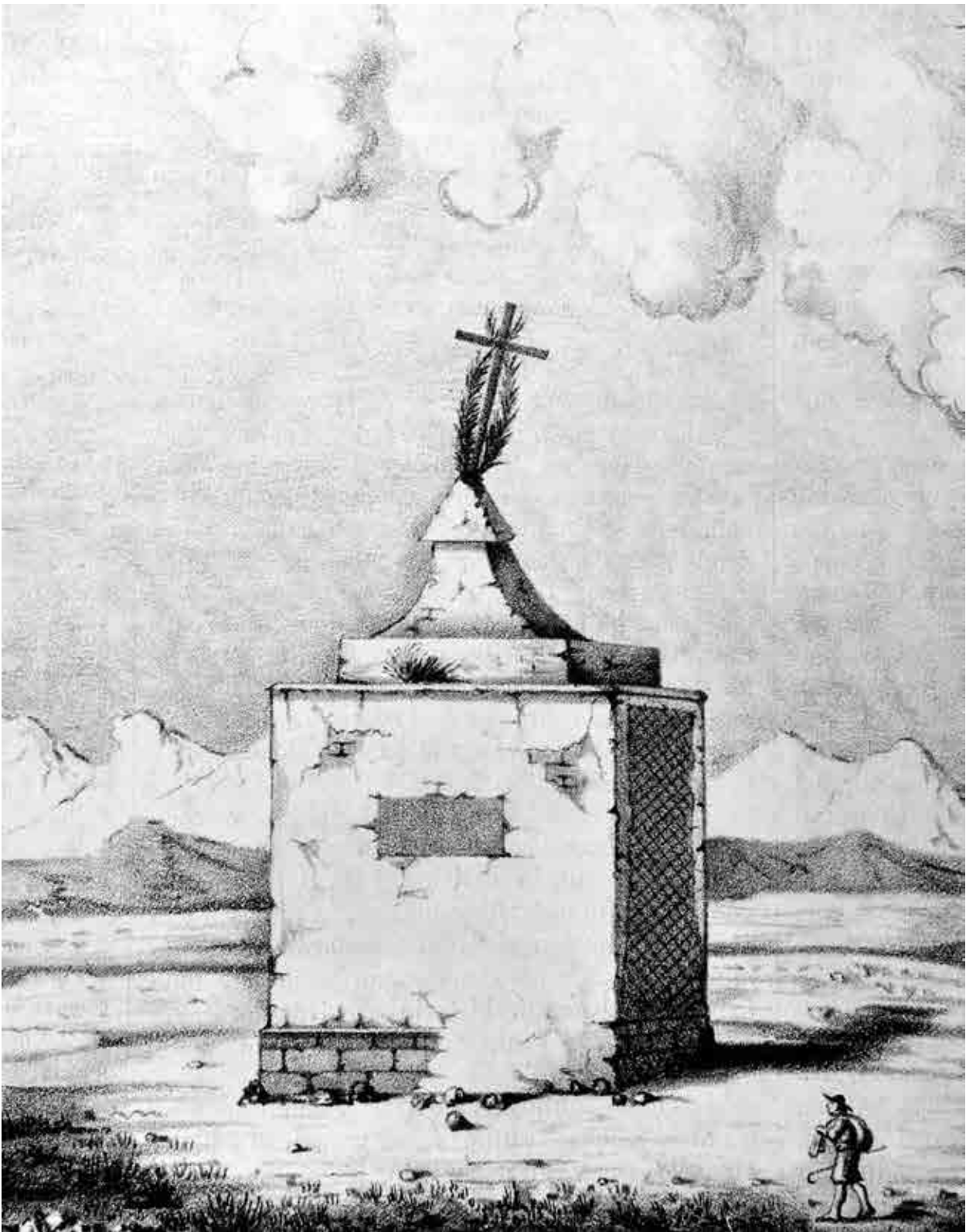


Fig. 8.- Dibujo "Torre Ciega" firmado por Rodríguez, publicado en "Cartagena Ilustrada" en 1871.



Fig. 9.- Fotografía de la Torre Ciega reproducida por Amador de los Ríos (Murcia y Albacete, 1889).

su carácter sepulcral, ante la ausencia de las habituales fórmulas funerarias²⁵. Añade además la referencia al artículo de Adolfo Herrera sobre el monumento publicado originalmente en 1871. En 1928, Federico Casal dedica unas líneas al sepulcro y se centra en la discusión sobre la naturaleza del monumento, realizada por los autores que le han precedido (Cascales, Montanaro, Hermosino y Parrilla, Soler y Lumiares) a través de la placa epigráfica conservada en el lado oriental²⁶. No obstante, la aportación más significativa de esta obra es la noticia del hallazgo al hacerse las obras del Asilo de Ancianos, en el Barrio de la Concepción, esto es, al oeste y en el extremo opuesto a Torre Ciega, de *gran cantidad de piedras cuadradas, cónicas, exactamente iguales en calidad y tamaño a las a las que forman los paramentos reticulares de la Torre Ciega*²⁷. Pocos años después este mismo autor, a quien el Ayuntamiento había encargado en 1922, según el mismo afirma, *que fuese fortificada, pues tal era su estado, que llevaba camino de su rápido desmoronamiento*²⁸, publica el primer artículo monográfico dedicado al sepulcro²⁹, transcribiendo las descripciones de los autores más antiguos, Cascales, Montanaro, Soler, Lumiares, Vargas, etc., y concluyendo su carácter funerario.

No obstante, hay que esperar al artículo de A. Beltrán publicado en 1942 para encontrar un nuevo estudio específico sobre el monumento³⁰. Tras un repaso historiográfico, describe el monumento, analiza la inscripción, establece un origen etrusco para el cono que remataba la sepultura y señala paralelos en la llamada *tumba de Virgilio* y en la *tumba de los Horacios y los Curiacios*, de Aricia. El deplorable estado de conservación, a pesar de los trabajos de consolidación ejecutados a comienzos de los años veinte, denunciado por Beltrán en varios medios de comunicación³¹, provocó una nueva intervención impulsada por el Marqués de Lozoya a través de la Dirección General de Bellas Artes³², de cuyos detalles y resultados dio cuenta el propio Beltrán³³. Se rellenaron con ladrillo las profundas cavidades de la base de la cara sur, se consolidaron los mampuestos del frente oriental, se eliminó la cubierta que remataba el monumento desde finales del siglo XVIII y se sustituyó por una de cemento ligeramente inclinada y en saledizo y, además, se protegió el monumento con una verja de hierro colocada sobre un zócalo de ladrillo³⁴.

Con posterioridad al trabajo de Beltrán se hacen eco de la Torre Ciega, C. Cid, quien lo incluyó dentro de la serie de sepulcros de torre mediterráneos, remontando sus orígenes al mundo sirio-fenicio, y estableciendo su

²⁵ *Ibidem*, p. 302, nº 92, con dibujo T. DIDI T ///, en la línea superior, COR en la inferior.

²⁶ Casal, F., *Cartagena durante la dominación romana*, Cartagena, 1972, pp. 43-45. La publicación citada, reimpresión de un opúsculo de 1928, transcribe una conferencia impartida por el autor.

²⁷ *Ibidem*, p. 43.

²⁸ En una columna publicada por Rosell en el periódico *El Eco de Cartagena*, del día 22 de junio de 1916, tras destacar el valor histórico y artístico del monumento, pide el autor "una urgente y sabia restauración, sino queremos verla, muy presto, convertida en infamante montón de ruinas, sobre las que tengamos que plañir con estériles lamentos", al tiempo que se queja de la restauración realizada "en el año 1786 y en años posteriores, cuando manos profanas cubrieron de argamasa y cantos rodados y cascajo, los huecos exteriores de sus paredes y techumbre". Preceden a esta columna otras dos, publicadas en el mismo diario los días 19 y 20 de junio en las que el mismo autor se queja del abandono del monumento y su deplorable estado de conservación. Nuevos lamentos sobre el estado de deterioro se vierten en una columna firmada por Raphael en el Diario *El Porvenir* del 12 de agosto de 1918, "La conservación de un monumento". En una breve noticia, el periódico *La Tierra* del 4 de octubre de 1918 informa sobre la remisión a la Comisión de Hacienda del Ayuntamiento por parte del arquitecto municipal Lorenzo Ros del proyecto con "los planos y presupuesto de las obras de reparación del monumento denominado la Torre Ciega", por un importe de 600 pesetas, tal y como se especifica en otra noticia del Diario *La Tierra* de 12 de Octubre de 1921, donde se reiteran las quejas por el estado de conservación. Referencias a la restauración realizada poco después, en una breve reseña del diario *El Porvenir*, del 20 de diciembre de 1921, donde se recomienda además cercar el monumento con una valla para garantizar su protección. En el Archivo Municipal de Cartagena existe copia manuscrita del escrito presentado ante el Ayuntamiento por el cronista D. Federico Casal, con fecha de 28 de mayo de 1918, reclamando una actuación urgente para evitar su total ruina.

²⁹ Casal Martínez, F., "Un monumento romano. La Torre Ciega de Cartagena", *Boletín del Museo Provincial de Bellas Artes* 11-12, 1932-1933, (1934), s.p.

³⁰ Beltrán, A., "Un monumento sepulcral de Cartagena. La llamada "Torre Ciega", *Saitabi*, 4-5, 1942, pp. 4-13.

³¹ Beltrán Martínez, A., "De nuevo sobre la Torre Ciega", *El Noticiero*, 17 de septiembre de 1942.

³² *El Noticiero* del 6 de abril de 1943 se hace eco de la estancia en Cartagena del arquitecto, Sr. Tamés Alarcón, del Servicio de Monumentos Artísticos, "estudiando con el señor Beltrán, el plan de restauración completa e inmediata de la Torre Ciega".

³³ Beltrán Martínez, A., "Restauración de la Torre Ciega y nuevos datos de la misma", *Publicaciones de la Junta Municipal de Arqueología de Cartagena*, 1, Cartagena, abril de 1945, pp. 24-26. Los trabajos se realizaron en 1944 y fueron dirigidos por el arquitecto D. José Tamés Alarcón, del Servicio Nacional de Defensa del Patrimonio Artístico y contaron con un presupuesto de 10.000 pesetas, aprobado el 9 de mayo dicho año.

³⁴ Vid. también del mismo Beltrán la crónica "La restauración de la Torre Ciega", publicada en *La Verdad* del 10 de enero de 1945.

cronología a comienzos de época imperial³⁵, J. Sanmartí, que lo engloba también entre los sepulcros de tipo turriforme, y lo compara con el sepulcro de Torre del Cincho (Vilablareix i Llet), rastreando la difusión del tipo en las provincias norteafricanas, y occidentales del Imperio³⁶, y W. K. Kovacovics, que lo encuadra entre toda una serie de monumentos funerarios de varios pisos, que no presentan una ordenación concreta e introducen pilas en las esquinas, situando este conjunto entre los siglos II y III d.C.³⁷. Hay que destacar también el artículo de L. Abad³⁸, hasta la fecha el estudio más exhaustivo dedicado al monumento, donde repasa la historiografía, compara y analiza los dibujos aportados por los autores antiguos, caracteriza el monumento y su cronología, que sitúa en la segunda mitad del siglo I a.C., discute la tipología a través de numerosos paralelos, para concluir un origen del prototipo en el ámbito itálico y en particular etrusco-campano, analizando la inscripción y, aportando, como material gráfico inédito, los dibujos de la restauración realizada por P. San Martín. H. von Hesberg confirma la cronología y llama la atención sobre la forma de "Meta" del cuerpo superior³⁹. Más recientemente, M. L. Cancela, recalca la singularidad del monumento dentro de la serie de los denominados turriformes e insiste en la procedencia itálica del modelo, lo que refrendaría la técnica edilicia utilizada⁴⁰. Finalmente, uno de nosotros ha concretado la procedencia del modelo en el área campana, región con la que Carthago Nova tuvo unas relaciones intensas y muy fluidas prácticamente desde los inicios de la conquista, señalado los paralelos más inmediatos en las sepulturas monumentales de la necrópolis de Avella (Avellino)⁴¹.

El monumento se alza sobre un zócalo de 0,45 m de altura (3 pies), compuesto por tres hileras horizontales de pequeños bloques rectangulares de andesita, rematado por una moldura de caliza gris formada por plinto, kyma reversa y listel. Un prisma cuadrangular de 4,15/4,18 m de lado (c. 14 pies) y de 3,80 m de altura (c. 13 pies), constituye el cuerpo central, reforzado en los ángulos por un marco de bloques apuntados de andesita que combinan en sus extremos con el paño de *opus reticulatum*, que constituye el aparejo exterior, formado con cuñas piramidales de 9 x 9 cm en la base y 20 cm de longitud, incrustadas en el mortero. Estas piezas se combinan en los ángulos con sillarejos rectangulares y con el extremo interior triangular, que constituyen un cuadro de enmarque para cada una de las caras. En el frente oriental, alineado con la calzada y bordeada por un marco de piedras, se halla incrustada la inscripción grabada en una placa de caliza gris con el texto T. DIDI. P. F. [COR]. Remata este cubo inferior una cornisa de separación, reconstruida ahora por completo. Por encima se alzaba el segundo cuerpo en forma de tronco de cono, revestido, a juzgar por los dibujos transmitidos, del mismo tipo de aparejo, y coronado por un casquete hemisférico, separado, probablemente, del tramo inferior por una moldura.

Reiteradamente se ha llamado la atención en las publicaciones que se han ocupado del monumento, sobre la singularidad de la Torre Ciega en cuanto a su adscripción dentro de las tipologías establecidas para los monumentos funerarios, pese a su inclusión a nivel general dentro de la serie de monumentos turriformes⁴². En este

³⁵ Cid Priego, C., "El sepulcro de Torre Mediterráneo y la tipología monumental", *Ampurias*, 11, 1949, pp. 91-126, especialmente, p. 125.

³⁶ Sanmartí, J., "Els edificis sepulcrales del país catalans, Aragó i Murcia", *Fonaments, prehistòria i món antic als Països Catalans*, 4, 1984, pp. 132-134.

³⁷ Kovacovics, W.K., "Römische Grabdenkmäler", *Schriften aus dem Athenaeon der klassischen Archäologie Salzburg*, 3, 1983, p. 148, nota 328.

³⁸ Abad Casal, L., "La Torre Ciega de Cartagena (Murcia)", *Homenaje al Prof. Blanco Freijeiro*, Madrid, 1989, pp. 243-266, con los dibujos de P. San Martín realizados en el proyecto de restauración.

³⁹ Hesberg, H. von., "Römische Grabbauten in der hispanischen Provinzen", *Hispania Antiqua. Denkmäler der Römerzeit*, Mainz, 1993, pp. 167-168, fig. 81.

⁴⁰ Cancela y Ramírez de Arellano, M. L., "Aspectos monumentales del mundo funerario hispano", *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano*, D. Vaquerizo, (ed.), Córdoba, 2002, p. 176, fig. 16. Cancela y Ramírez de Arellano, M. L., "Los monumentos funerarios hispanos", *L'architecture funéraire monumentale. La Gaule dans l'Empire romain*, J.C. Moretti et D. Tardy, (eds.), París, 2006, pp. 216-217, fig. 6.

⁴¹ Ramallo Asensio, S. F., *Carthago Nova: puerto mediterráneo de Hispania*, Murcia, 2011, pp. 111-112. Vid. también ahora, Palmentieri, A., "La necropoli romana monumentale di Abella. Diffusione del tipo di tomba "a Conocchia in Campania", *International Colloquium on Roman Provincial Art* (Mérida, 2009), *Roma y las provincias: modelo y difusión*, T. Nogales, I. Rodà, (eds.), vol. II, Roma 2011, pp. 239-244, que completa la información sobre esta importante necrópolis, prácticamente inédita, y en particular sobre una de las sepulturas del tipo "a Conocchia", que relaciona con el monumento de Santa María Capua Vetere. Destaca además la escasa difusión del tipo fuera de la Campania y su cronología a finales de la República.

⁴² Los orígenes, características y evolución de este tipo de sepulcro cuenta con una bibliografía numerosa. Para el caso hispano, puede añadirse a las referencias señaladas en las notas precedentes, Abad Casal, L. y Bendala Galán, M., "Los sepulcros turriformes de Daimuz y Villajoyosa: dos monumentos romanos olvidados", *Lucentum*, 4, 1985, pp. 147-184.

sentido, llama la atención la ausencia en la misma de cámara funeraria en el cuerpo inferior, frente a los paralelos formales establecidos en la zona lacial y campana. A este respecto, tan solo Cascales señala la existencia de *un pequeño hueco en el corazón de la torre donde, después de la rotura se han hallado cenizas*. No obstante, y de ser cierta esta noticia, se trataría solo de un pequeño nicho abierto en el cuerpo central del monumento, lo que no deja de ser un hecho excepcional que contrasta con lo que sabemos para este tipo de sepultura monumental⁴³ y que nos lleva a tomar con cautela el dato del erudito murciano.

Ahora bien, si las referencias al monumento que da nombre a la necrópolis son relativamente abundantes, no lo es tanto la información sobre la disposición, características y cronología de otras sepulturas. Tan solo Cascales señala la existencia, cerca de la torre conservada en pie, de otra similar derribada y de *un pedazo del escaqueado de piedras, unas blancas y otras negra, que hazen un viso muy admirable*. El mismo autor habla de otras diez torres en los alrededores, que él ya no pudo llegar a ver. Hasta inicios del siglo XX esta ha sido prácticamente la única noticia que iba más allá de la descripción del monumento y el análisis, con interpretaciones muy diversas, del epígrafe. Las referencias al lugar de hallazgo de los recogidos en el entorno del monumento en la segunda mitad de dicho siglo son, en su mayoría, muy imprecisas y por tanto no se puede concretar su ubicación sobre plano⁴⁴. Aluden como referencia al camino de Torre Ciega (nº 62), en el camino de San Javier, en las proximidades de Torre Ciega, a 500 metros de las llamadas casas del Zorra (nº 69), cerca de la Torre Ciega (nº 67 y 71), o simplemente estaban reutilizadas en edificaciones próximas al monumento, por lo que hay que suponer una procedencia cercana (nº 65 y 68). Más explícitas son las informaciones referidas a una lápida (nº 63) hallada el 8 de mayo de 1877 en *el Almajar, sitio extramuros de Cartagena, próximo a la*

estación del camino de hierro, a distancia rumbo O. de 480,00 m de la Puerta de San José y rumbo S.O de la ruinosa mole monumental conocida vulgarmente por la Torre Ciega... a 560,00 m de esta... a 4,56 m de profundidad entre varios escombros antiguos sin otro vestigio. Finalmente, en la misma estación de Ferrocarril se descubrió otra inscripción (nº 187), *a un metro y medio de profundidad, sobre un posible pavimento de «opus signinum» y columnillas realizadas con sectores de círculo*, que de estar situada en su posición original, marcaría el punto más cercano de la necrópolis a las puertas de la ciudad.

En fecha anterior a 1877, junto a la caseta del guardabarrera de la línea férrea que atraviesa el límite occidental de la necrópolis en la zona se descubrió *un nicho formado por cuatro grandes losas*; un poco más al norte y a unos diez pasos de la vía en dirección este, añade la noticia, se descubrió otro con una urna de vidrio que contenía huesos incinerados del cadáver; otra urna similar, se localizó *como a doscientos pasos de distancia*, recubierta por un recipiente cerámico y protegida por *adoquines o sillarejos iguales a los que forman el revestimiento de la Torre*. También al sur de la citada caseta y muy cerca de ella, se reseña la existencia de poderosas cimentaciones que debieron formar parte de monumentos funerarios⁴⁵.

Al margen de estos hallazgos casuales, F. Casal menciona unas excavaciones realizadas en 1887, *en los terrenos de labor situados al S. y S.O de la Torre en las que se hallaron gran cantidad de enterramientos y en algunos de ellos, urnas cinerarias de vidrio forradas de plomo, conteniendo restos humanos con señales evidentes de incineración*⁴⁶. Un mayor eco tuvieron las excavaciones realizadas por Fernández Villamarzo en 1903, cuyos resultados fueron reseñados, de forma escueta, en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos⁴⁷.

⁴³ Hesberg, H. von, *Monumenta. I sepolcri romani e la loro architettura*, Milano, 1994, pp. 134-137, para los tipos con el segundo cuerpo de forma piramidal.

⁴⁴ Los números de las inscripciones se refieren al catálogo, Abascal Palazón, J. M. y Ramallo Asensio, S. F., *La ciudad de Carthago Nova: la documentación epigráfica*, La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, vol. 3, Murcia, 1997.

⁴⁵ Todas estas noticias se hallan recogidas en una crónica del *Eco de Cartagena*, del 5 de mayo de 1877. El ferrocarril se inauguró en 1862, con motivo de la visita de Isabel II a Cartagena, aunque las obras, al parecer se prolongaron algún tiempo más. Probablemente los hallazgos a que se refiere la noticia se produjeron a causa de los movimientos de tierra y desmontes realizados para el trazado de la vía férrea.

⁴⁶ Casal Martínez, *op. cit.* (n. 29). Los hallazgos son muy similares a los que se producen en las excavaciones de Fernández Villamarzo, aunque, en principio, hay que pensar que se trata de dos momentos distintos y no en una confusión de fechas por parte del cronista de la ciudad. Este mismo autor señala también el descubrimiento de una tumba romana cubierta por una lápida, en 1927, al hacer la carretera.

⁴⁷ "Variedades", *RABM*, año VII, nº 8-9, agosto y septiembre de 1903, p. 213. El Diario *La Época*, del jueves 20 de agosto de 1903, refiere también el hallazgo de las dos urnas y una lápida, descubierta a un metro de profundidad.

En la noticia se describe una sepultura formada por un sillar de 45 cm donde se encajaba una urna de plomo de 35 cm de altura y 22 cm de diámetro; otra sepultura de características similares se encontraba muy deteriorada⁴⁸. Así mismo, se menciona también la inscripción de *C. Antonius Balbus*, que en la mencionada publicación se transcribe como *Bibulus*, como recuperada en las intermediaciones de la Torre Ciega⁴⁹. También González Simancas da cuenta de estas excavaciones y enumera los objetos recuperados: tres urnas de plomo, una de ellas con la correspondiente de vidrio en el interior, otra urna de vidrio verdoso, una pátera de vidrio *beteado de rojo y blanco*, varias asas y ungüentarios de vidrio, una figurilla de terracota, el vaso plástico con proa de nave, y otras cerámicas de carácter diverso, entre las que destacan algunas sigillatas con sello de alfarero⁵⁰. Se completa el elenco de materiales con algunas monedas romanas; una de ellas corresponde a un as de Claudio con reverso de *Libertas*, otra muestra un Jano bifronte en anverso y la tercera es ilegible.

Sin embargo, la información más detallada sobre estos hallazgos la proporciona Jiménez de Cisneros, aunque no participó directamente en los trabajos –como él mismo afirma –, quien concreta un poco más la ubicación en que se produjeron, en terrenos propiedad de don José Carlos Roca, *situada a la derecha de lo que fue vía romana*⁵¹. Añade, además, el descubrimiento de una lápida⁵², entre restos de argamasa y sillares cuadrados de piedra caliza roja *entre el paso de nivel del ferrocarril y la Torre Ciega* y también, *a la mitad de la distancia*

entre este sepulcro arruinado y la Torreciega, así como de *los cimientos de varios sepulcros de forma cuadrada, de las mismas dimensiones aproximadamente que aquél y de los mismos materiales*, que presentaban en el centro urnas cinerarias de barro cocido o de plomo; algunas de estas urnas, de vidrio protegidas por otras de plomo, con tapadera, se encontraban insertas en sillares de forma cúbica, tapados con losas planas. Entre los materiales asociados a estas sepulturas señala Jiménez de Cisneros, platos de terra sigillata aretina, ungüentarios de cerámica y de vidrio y vasos y copas de cerámica común. De particular interés son las monedas que recoge en su descripción, y que corresponden a una emisión de Carthago Nova con Tiberio en anverso y Nerón y Druso *Ilviri quinquenales*, en el reverso (R.P.C. 179-181), otra de Sagunto, con leyenda *L. Sempr. Vetto. M. Sag y L. Fabi. Post*, que se incluye dentro del Período V (ca. 40/30 a.C.-37 d.C.)⁵³ y un as anónimo, que permiten obtener un marco cronológico general, pero que no se pueden asignar a ninguna de las sepulturas. Al parecer, según la información obtenida por el cronista de la noticia, las sepulturas aparecían alineadas y separadas entre sí por una distancia aproximada de un metro. Enumera también materiales procedentes de sepulturas que se encontraban en la casa de D. Vicente Conesa, procedentes, probablemente, de una finca cercana a la anterior, y describe también una urna pintada ibérica que contenía una moneda de Sagunto.

Volviendo a González Simancas, el académico toledano recoge en su obra otra urna de cerámica ibérica pintada,

⁴⁸ Este tipo de receptáculo con caja de piedra de idénticas dimensiones y características, que albergaba en su interior una urna de vidrio a su vez protegida por otra de plomo, se ha constatado en la necrópolis de Belo y nos proporciona un buen confronto para la incineración de Cartagena. Paris, P., *et al.*, *Fouilles de Belo (Bolonía, Province de Cádiz (1917-1921, II. La Nécropole*, Bordeaux, 1926. Vid. la referencia en Rodríguez Oliva, P. "Sobre algunos tipos de urnas cinerarias de la provincia Baetica y notas a propósito de la necrópolis de la calle Andrés Pérez de Málaga", *Mainake*, XV-XVI, 1993-1994, p. 229, lám. VIII.

⁴⁹ Según Fernández Villamarzo, *op. cit.* (n. 24), p. 303, nº 95, con la lectura correcta, este epígrafe fue encontrado en la Torre Ciega. Vid. Abascal y Ramallo, *op. cit.* (n. 44), pp. 246-248. Según González Simancas, M., *Catálogo Monumental de España. Provincia de Murcia*, 1905-1907, p. 290, nº 195, se halló junto a la inscripción de *C. Laelio Chresto*, (Abascal y Ramallo, nº 77) en las excavaciones hechas en 1903 en terrenos cercanos a la Torre Ciega.

⁵⁰ González Simancas, *op. cit.* (n. 49), pp. 244-246. Entre las marcas de terra sigillata identifica RVFINIMAN, MEME, GNEV, I.I.C e incisa sobre uno de los vasos BAR con nexos de unión a partir de los trazos inclinados de la letra central y la primera letra invertida. En el volumen IV de la edición facsímil, *Cuadernos de campo e ilustraciones*, pp. 238-240, se reproducen las hojas del cuaderno V, que incluye junto a las notas manuscritas el dibujo de las urnas de plomo, una de vidrio, el vaso con la proa de nave, tres monedas y algunos objetos más.

⁵¹ Jiménez de Cisneros, D., "Noticia de algunas antigüedades encontradas en Cartagena", *Ibérica* 725, 1928, pp. 265-267.

⁵² *C(aius) . Antonius / P(ubli) . f(ilius) Col(lina tribus) . / Balbus . aed(ilis) . / uiueis . parentib(us)*. Cf. Abascal y Ramallo, *op. cit.* (n. 44), nº 73, lám. 79. Según González Simancas, *op. cit.*, (n. 49), p. 291, nº 195, procede "de las excavaciones hechas en 1903 en terrenos cercanos a la Torre Ciega", la recoge, y reproduce un dibujo, el autor de tales excavaciones, Fernández Villamarzo, *op. cit.* (n. 24), p. 303, nº 95; como procedente de Torre Ciega, procedencia que se refleja en el informe que la Comisión de Monumentos de Cartagena envió para su publicación en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museo. Según González Simancas en las misma fecha, lugar y circunstancias apareció también la lápida de *C. Laelio Chresto*, que Jiménez de Cisneros no reseña, aunque Fernández Villamarzo, en carta enviada a la Real Academia de la Historia, escribe que apareció "a cuatro metros bajo el piso de la Alameda de Cartagena al barrio de San Antón" (CAMU 9/7963/53).

⁵³ Ripollés, P. P. y Llorens, M. M., *Arse-Saguntum: historia monetaria de la ciudad y su territorio*, Valencia, 2002, pp. 476-478.

con tres asas, asociada a un bronce de Sagunto, de la emisión suscrita por *Cn. Baebius* y *L. Calpurnius*, con proa a derecha, caduceo y Victoria, encuadrada dentro del IV período fechado entre ca. 72 y el 40/30 a.C.⁵⁴; esta urna se corresponde con la identificada en este trabajo como TC 836 (Fig. 21).

Posteriormente, ya en 1925, este mismo autor realizó nuevas excavaciones en la necrópolis, localizando los restos de una sepultura de planta rectangular, de 3,05 m de longitud y 2,55 m de anchura, construida con muros de mampostería de 0,55 m de grosor, y un hoyo en el interior destinado, quizás, a alojar la urna, junto a fragmentos de cerámica pintada, terra sigillata y ungüentarios de vidrio⁵⁵. Destaca, asimismo, el hallazgo de un fragmento de cerámica ibérica decorado con hojas lanceoladas tramadas, parcialmente, con rayas horizontales paralelas, que flanquean una especie de pistilos y motivos oculares, que reproduce prácticamente la misma composición desarrollada sobre una urna –de nuevo la referencia se concreta sobre la aquí identificada como TC 836- que se conservaba en el Museo de la Sociedad Económica de Amigos del País, a la que se había asociado un bronce de Sagunto con proa de nave, Victoria y leyenda Arse en caracteres ibéricos en anverso y cabeza femenina galeada a derecha y leyenda SAGVNTINI en el anverso, perteneciente al III período cronológico que se fecha entre ca. 130 y el 72 a.C.⁵⁶. Finalmente, llama la atención sobre otra sepultura, identificada a 553 m del kilómetro 24 de la carretera Cartagena a San Javier, formada por un *cajón de mampostería ordinaria (de basalto) de 0,80 m alto x 1,10 de ancho y largo, exterior, y de 0,60 x 0,40 largo y ancho interior, y 0,60 de profundidad*, que contenía una urna de cerámica y una

moneda. Es probable que se trate de la misma sepultura mencionada por Casal (Fig. 10).

Así mismo, P. San Martín excavó en 1957 cerca de la Torre, los restos de varias sepulturas una de las cuales, al menos, una incineración con abundante ajuar, se había conservado intacta; la memoria con los resultados de esta actuación ha permanecido hasta ahora inédita⁵⁷. Los trabajos se desarrollaron entre los días 16 de noviembre y 3 de diciembre y se centraron en la extensa parcela situada al pie del terraplén que sustenta el tramo más septentrional de la carretera que con dirección a La Aparecida salvaba las dos vías férreas que se dirigían hacia la ciudad y el puerto, por una parte, y hacia el complejo petroquímico por otra, entonces conocido como R.E.P.E.S.A. En el Archivo Municipal de Cartagena, legado de Eduardo Cañabate, carpeta nº 139, existe un lote de 48 fotografías junto a un plano de situación donde se señala la ubicación de una de las sepulturas localizada a 130 m de la Torre Ciega en sentido sureste y en la margen derecha de la calzada romana. A juzgar por lo que se aprecia en dicha documentación gráfica (Fig. 11) y fotográfica (Fig.12), de no muy buena calidad, la aludida sepultura se componía de un encachado pétreo, profundizado 3,20 m sobre el nivel de superficie y desarrollado hasta una altura de 2,35 m; sobre él se halló parte de un ánfora similar al tipo Dressel 1 (Fig.13), mientras en el tramo inferior del citado encachado se localizaron al menos 8 ungüentarios helenísticos (Fig. 14) y, al parecer, toda una serie de objetos de hierro - clavos, grapas, bisagras o escuadras -que pudieran proceder de un artilugio de traslado del difunto tipo parihuela, cuya presencia en el propio enterramiento estaría indicando que éste se trató de un *bustum*, lo que explicaría la

⁵⁴ González Simancas, *op. cit.* (n. 49), vol. I, p. 197-198, foto 27 (urna) y vol. IV, Cuaderno V, p. 246, con dibujo de la moneda, de la edición facsimilar. Para la moneda, vid. Ripollés y Llorens, *op. cit.* (n. 53), Catálogo, nn. 391-397.

⁵⁵ González Simancas, M., *Excavaciones de Cartagena*. Memoria de los trabajos practicados en 1925 y 1927 por el delegado-director don Manuel González Simancas, Mem. JSEA, 102, Madrid, 1929, p. 18. Un croquis con la ubicación de la sepultura se reproduce en el Cuaderno VII, recogido en el volumen IV de la edición facsimilar, p. 315.

⁵⁶ Ripollés y Llorens, *op. cit.* (n. 53), Catálogo, nn. 284-307.

⁵⁷ Información escueta sobre estos trabajos recogen los periódicos *La Verdad* y *El Noticiero* del 4 de diciembre de 1957. El primero de los diarios, en su edición del 3 de diciembre señala el hallazgo de “diversas monedas, ánforas y vasos, estando varios de dichos objetos en buen estado de conservación”. Vid. también, Mas García, J., *El puerto de Cartagena*, Cartagena, 1979, p. 42, n. 43. Hay también referencias a otro monumento funerario, identificado en las proximidades de la Torre Ciega, “junto a la antigua calzada romana y frente a la llamada “Casa del Mojón”, pero no existe documentación gráfica ni referencias concretas al posible ajuar. Vid. Cuadrado, E., “XXII. Cartagena (Murcia)”, *NAH*, I, 1952, pp. 134-135. Se ha llamado la atención sobre el singular topónimo, que algún autor ha querido poner en relación con un supuesto miliario, del que no existe referencia material alguna, si bien F. Casal, *op. cit.* (n. 26), p. 53, afirma haber visto el “único trozo de columna miliar que por estos alrededores conocemos, en el camino de la Torre Ciega, sirviendo de guardacantón en una casa”, dato que no hemos podido verificar sobre el terreno ni encontrado en otros autores. No obstante, se han localizado miliarios de esta calzada en el Pilar de la Horadada y en el entorno de la moderna población de Lorca, estos últimos pertenecientes al tramo que desde la ciudad conducía hacia la Bética, potenciado en época de Augusto.

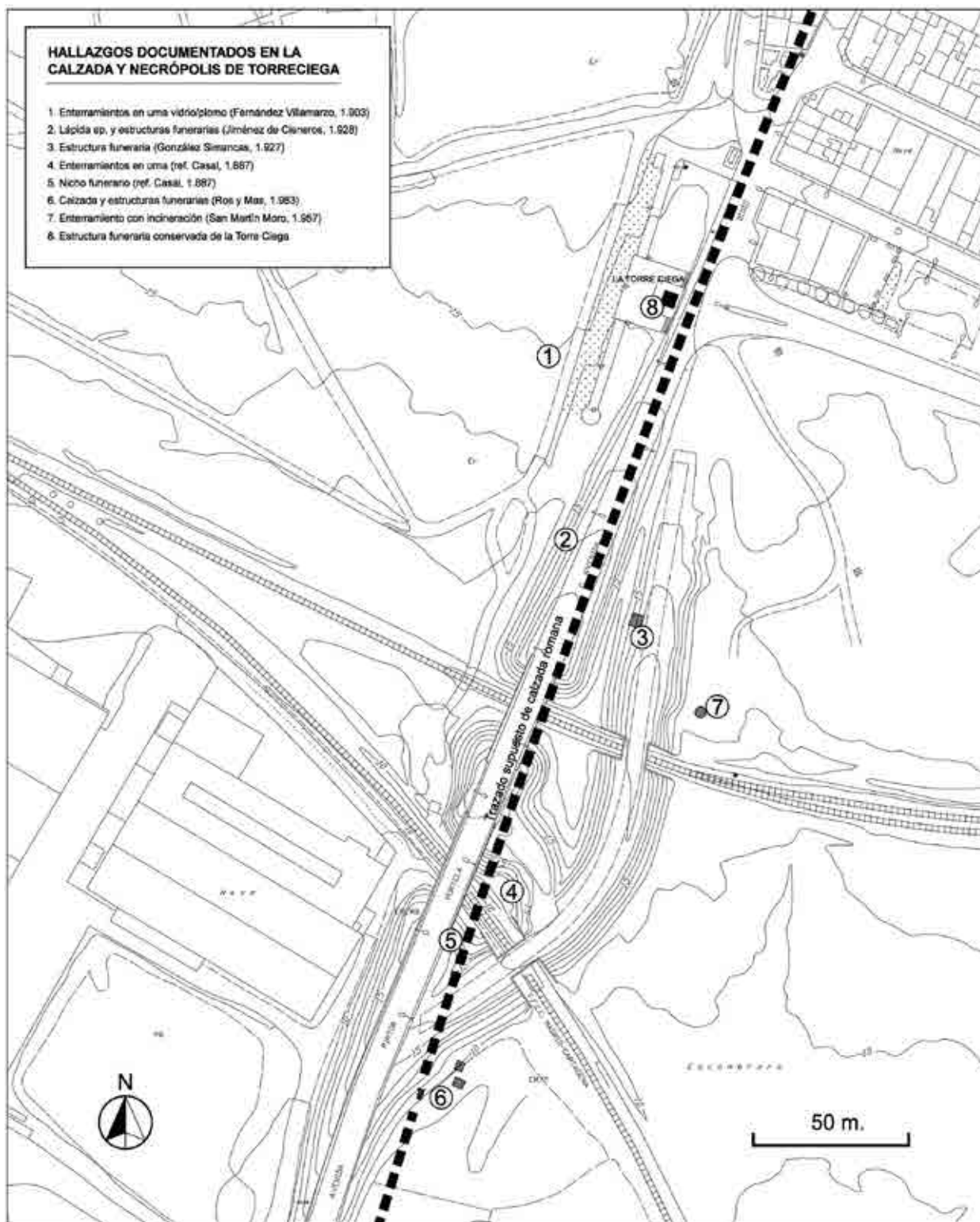


Fig. 10.- Ubicación de hallazgos y excavaciones realizadas en la necrópolis de la Torre Ciega y posible trazado de la calzada romana.

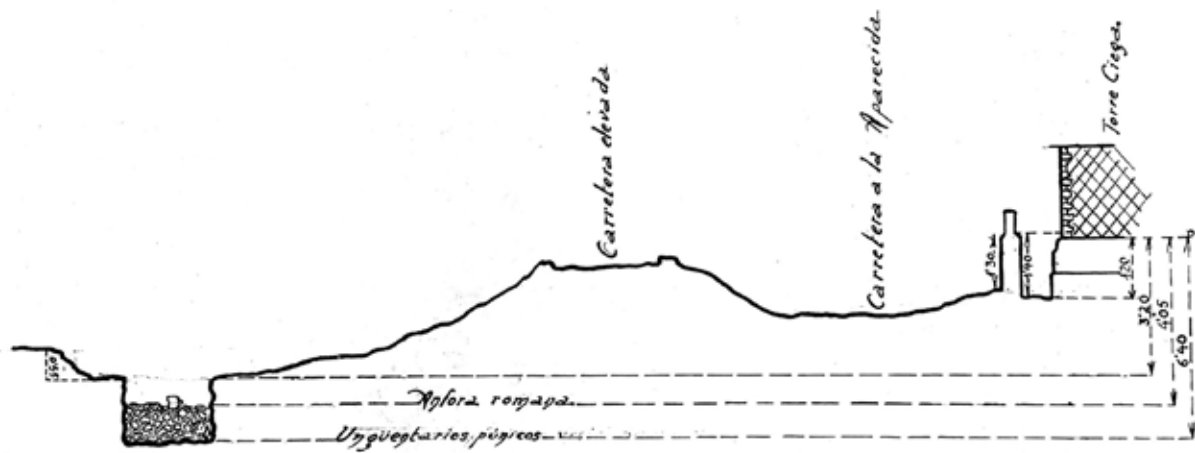


Fig. 11.- Dibujo en sección de la sepultura excavada por P. San Martín en 1957 junto al tramo septentrional del tramo elevado de la carretera Cartagena –San Javier.



Fig. 12.- Documento inédito del archivo fotográfico de E. Cañabate en el momento de hallazgo, durante la excavación de P. San Martín en 1957, del enterramiento que contenía 8 ungüentarios.

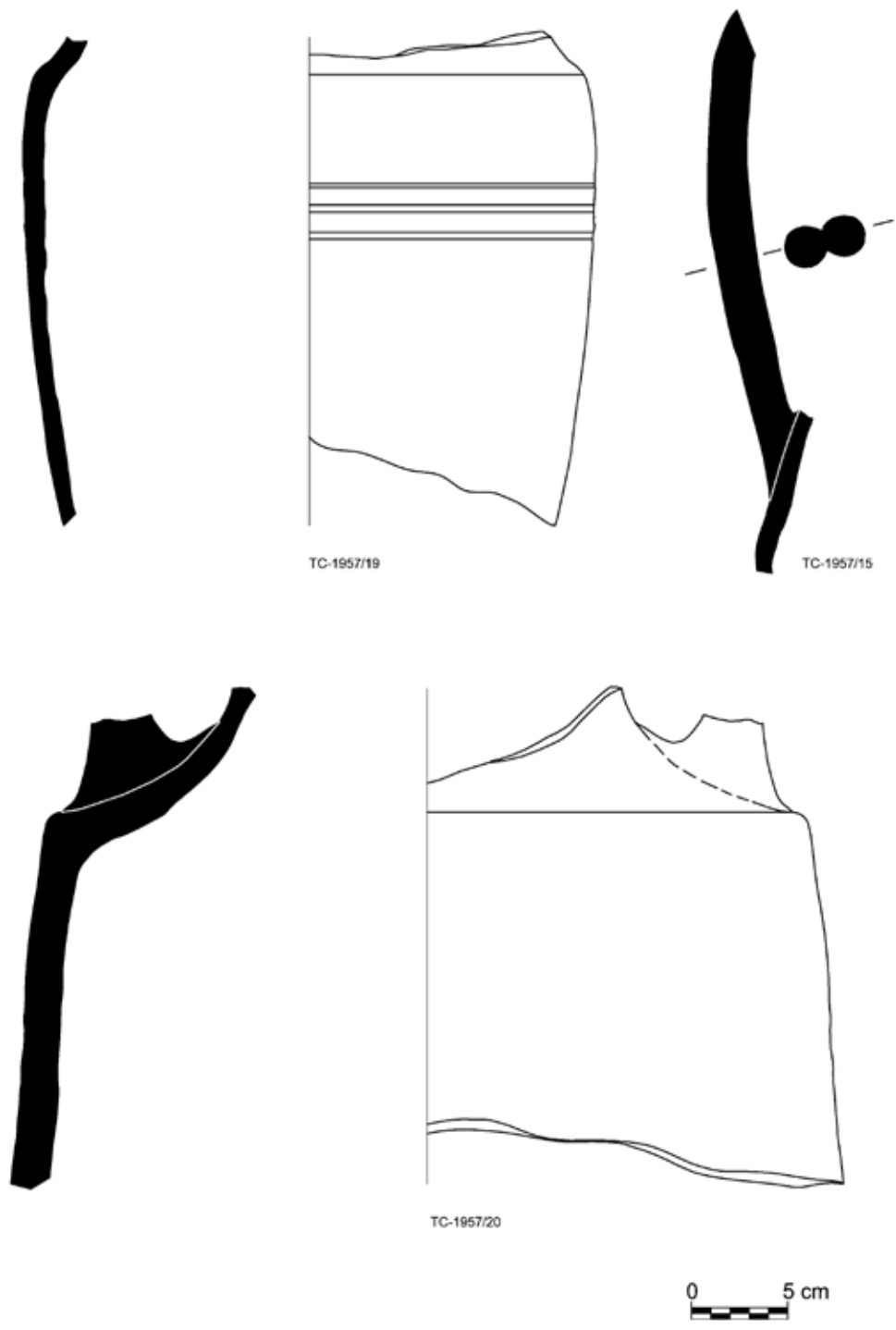


Fig. 13.- Ánforas Dressel 2-4 (TC-1957/19) y similar a Dressel 1 (TC-1957/20) halladas en la intervención de P. San Martín en 1957.



Fig. 14.- Ungüentarios hallados en la sepultura excavada por P. San Martín en 1957.

diferente configuración del enterramiento respecto de otras estructuras funerarias pétreas identificadas en la necrópolis por los diferentes autores que desde el XVII se refieren a ella. En cierto modo, esta sepultura evoca

el tipo de *bustum* en fosa simple, señalizada mediante el cuello de un ánfora de las necrópolis de Córdoba⁵⁸, si bien en nuestro caso la presencia del empedrado introduce una variante. En la misma zona investigada, y

⁵⁸ Vaquerizo, D., "Espacio y usos funerarios en Córdoba", *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano*, D. Vaquerizo (ed.), Córdoba, 2002, p. 153.

a partir de documentación filmada del momento de la excavación⁵⁹, cotejada con parte de los materiales depositados en el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, se reconoce otro enterramiento en lo que parece otro enchachado irregular de piedras, en el que también se sobreponen restos de un ánfora Dressel 2-4 (Fig. 13), en este caso más cerca de la superficie aunque sin que tengamos conocimiento de relación alguna estratigráfica con el enterramiento descrito en primer lugar; a este último se asocian 6 cuentas de collar de pasta vítrea, un ungüentario helenístico y una o dos monedas de bronce no localizadas hasta el momento.

EL PAISAJE DE LA NECRÓPOLIS, MÁS ALLÁ DEL TRANSMITIDO POR LA PRESENCIA SECULAR DEL "MONUMENTO FUNERARIO DE LA TORRE CIEGA"

La necrópolis se fue configurando a ambos lados de un probable camino inicial, posteriormente acondicionado como Vía Augusta, que en dirección noreste saldría de la ciudad desde el área próxima al tramo de muralla que delimitaba la urbe por el Este (Fig. 15). En un recorrido no claramente conocido en el tramo más cercano a las puertas de la ciudad, aunque supuesto por su posible fosilización en la caminería reflejada en buena parte de la cartografía histórica conservada desde el s. XVII, la calzada se encaminaba desde el área cementerial hacia el noreste, entre las elevaciones de La Fraila y de Beaza, dos áreas funcionales del paisaje productivo de la ciudad que concitaban el trabajo de cantería⁶⁰, entre otros, de buena parte del material constructivo de las estructuras funerarias de la propia necrópolis de Torre Ciega, acercándose sobre todo al piedemonte de la citada en primer lugar, y adaptándose por tanto a la mayor y progresiva elevación que ésta presenta en su flanco oriental en la que se localizan varios frentes de cantería de andesita. En el epígrafe previo ya adelantábamos las referencias que desde fines del XVIII, y siempre en relación con la propia Torre Ciega, hacen autores como Vargas Ponce o Picatoste sobre este vial, según los cuales era todavía visible en diversos tramos, incluso *hacia la hermita que llaman de la Aparecida*, lo que parece

describirse como el bordillo y el *rudus* de la misma, relacionándola en su configuración con la etimología de lo que popularmente se dio en llamar *camino de la Hizada*⁶¹ y concordante con el significado de *empedrado* del topónimo *al Rasif* que recoge al-Qartayanni en la *Qasîda Maqsûra*⁶²; a ello Pérez Bayer añade su trazado regular rectilíneo exceptuado en puntos concretos en los que lo irregular del terreno varió ligeramente el trazado. Pero en cualquier caso transmiten ya un paisaje cementerial en sus márgenes, aludiendo siempre a la presencia de estructuras cuadrangulares tumulares *de modo de pirámides*.

En el trazado inicial de la calzada, y por tanto en lo que respecta al sector más meridional de la necrópolis, el tramo inmediato a las puertas de la ciudad pudo seguir dos trayectorias, diversas en cuanto al seguimiento de su firme; una de estas posibilidades seguiría una cota alta de la ladera oriental del collado que se levantaba en la estribación este del Cerro de Despeñaperros, mediante el cual éste se unía al Cerro del Castillo de Los Moros tras una importante vaguada, cortada muy posteriormente por el ramal del ferrocarril que llegaba al puerto de Cartagena; este potencial trazado se iniciaría en la misma puerta de salida de la ciudad, para bordear la base de la cerca hacia el sur, en un corto tramo coincidente con el identificado tramo de foso que rodeaba la muralla al menos en este punto del trazado de ésta sobre la vertiente nororiental del Cerro de Despeñaperros; viraría, a continuación, en sentido este siguiendo la mencionada ladera del collado indicado y del Cerro del Castillo de Los Moros a una cota similar a la de la propia muralla en su zona de acceso; el trazado alternativo y que ha concitado una afección prácticamente generalizada seguiría desde la misma puerta en dirección este, adaptándose en su tramo inicial a la inclinación natural que topográficamente marca la vaguada formada al oriente de la ciudad, entre el collado del Cerro de Despeñaperros y el Monte Sacro, para seguir en la misma dirección por el piedemonte del Cerro del Castillo de Los Moros, a una cota más baja que la trayectoria indicada en primer lugar, bordeando primero el almarjal y

⁵⁹ Agradecemos a la directora del Museo, Dña. María Comas Gabarrón, la posibilidad de consultar dicha documentación gráfica, así como a los conservadores Miguel Martínez Andreu y Miguel Martín Camino, su ayuda en la localización de los materiales cerámicos custodiados en los fondos de dicho museo. Queremos hacer extensivo nuestro agradecimiento a Alfonso Grandal, técnico del Archivo Municipal de Cartagena, por su ayuda en la búsqueda de documentación sobre Torre Ciega depositada en dicha institución.

⁶⁰ Ramallo Asensio, S. F. y Arana Castillo, R., *Canteras romanas de Carthago Nova (Hispania Citerior)*, Murcia, 1987.

⁶¹ Rubio Paredes, *op. cit.* (n. 9), p. 88.

⁶² Pocklington, R., "Toponimia islámica del Campo de Cartagena". *Historia de Cartagena*, dirigida por J. Mas, vol. V, Murcia, 1986, p. 333.

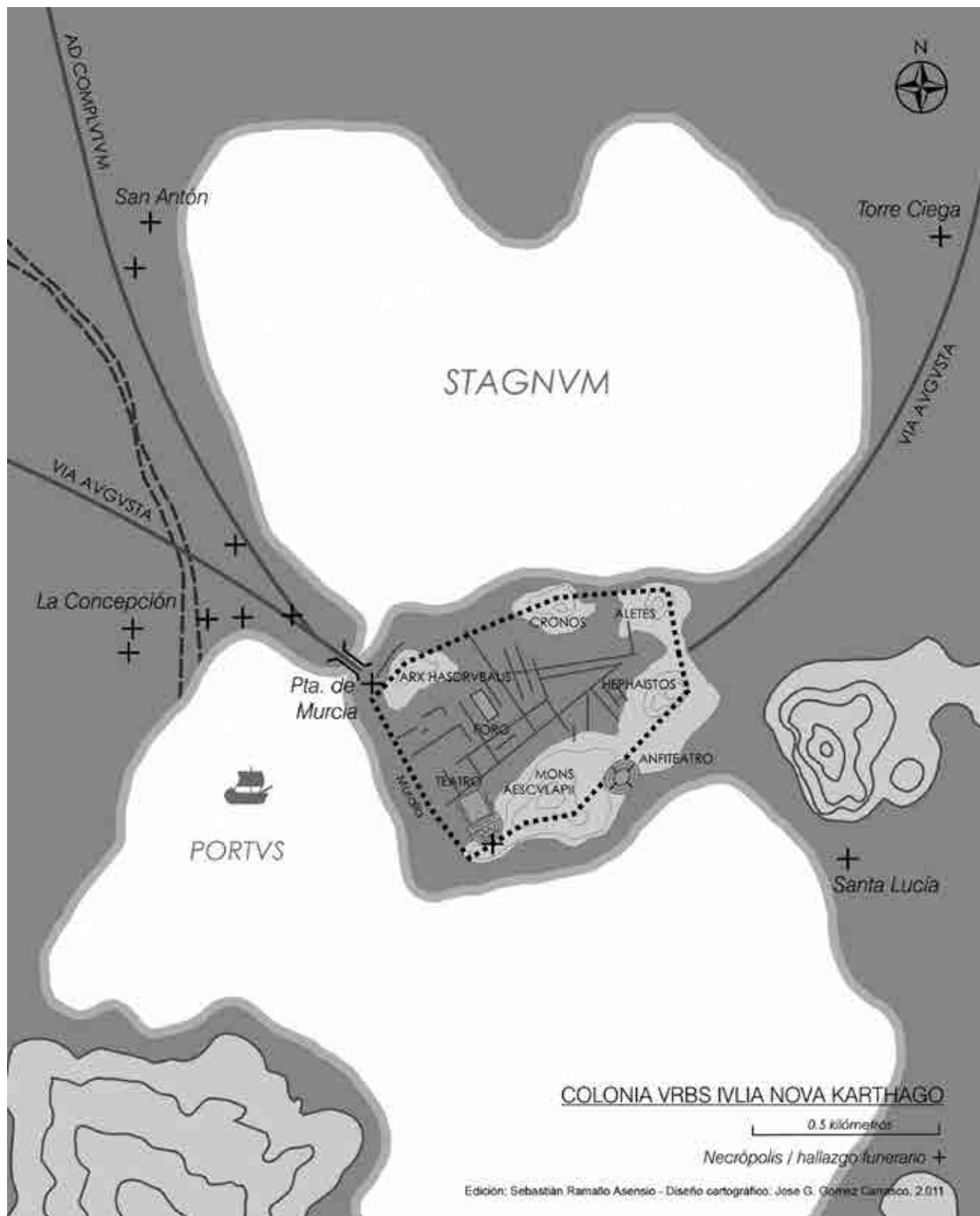


Fig. 15.- Topografía de Carthago Nova con referencia a su caminería y ubicación de sus necrópolis.

atravesando posteriormente el cono aluvial de la Rambla de San Ginés/el Hondón.

A tenor de la configuración orogénica del entorno oriental de la península sobre la que se asentó la ciudad, este último trazado sigue pareciendo el más factible atendiendo a su mejor resolución técnica para salvar progresivamente el desnivel entre las cotas de altura del punto de acceso a la ciudad y el pie de la ladera septentrional formada por la unión de la estribación este del collado del Cerro de Despeñaperros y la norte del Cerro del Castillo de los Moros, y no de forma más brusca como cabe presuponer el trazado propuesto en primer lugar. Desde esa zona más baja de la ladera de Despeñaperros y en dirección Este, bordeando en su orilla oriental la zona encharcable del Almarjal, se uniría al área llana y más baja que, a tenor de los datos suministrados por las excavaciones de 1983, desarrollados en el siguiente epígrafe, iba siendo ocupada progresivamente por el cuerpo sedimentario aluvional de la citada rambla; en su inicio, este trazado transcurriría a una cota más alta de la lámina de agua circunstancial, evitando así en este tramo las episódicas avenidas de la Rambla del Hondón que en eventos pluviales de fuerte torrencialidad debieron llegar a sus inmediaciones, formando con sus reiteradas deposiciones de limos arcillosos una orilla o perfil de laguna que progresivamente formaría un firme que alejaría de la calzada el efecto de las aguas de avenida. Es a partir de este punto, con el cambio de trazado de la calzada hacia el Norte, inmediato al sitio donde, en 1906 y sobre una anterior, se levantó la Estación de Ferrocarril, ya sobre una posible área de la necrópolis más cercana a las puertas de la ciudad y, sobre todo, al área a cota más baja de desagüe del cauce de la rambla (vid. supra la localización de una lápida funeraria durante las obras de construcción de esta estación), donde se debieron registrar problemas de aterramientos y obstrucción ligados a los puntuales episodios de avenida de la misma; esta circunstancia ha hecho pensar a algunos investigadores que la calzada debió transcurrir en ese tramo más hacia el Este, aguas arriba de la cuenca de captación de aguas para evitar este tipo de problemas. En este sentido, parece

evidente que aun teniendo efectos menos intensos que la Rambla de Benipila, el comportamiento hídrico de la cuenca de drenaje de esta rambla, conocido a través de los datos históricos de avenidas sobre la zona subsidente del otrora almarjal, permite inferir que el trazado de la Vía Augusta debió verse afectado, de forma ocasional y en determinados períodos del año, por riadas generadas en episodios de fuerte torrencialidad, al menos en el tramo que atravesaría la zona más baja de dicha cuenca. Desde el cauce inicial de la llamada Rambla de San Ginés, su cauce recogía y recoge las aguas de avenida sobre las tierras de la conocida como diputación del Hondón, configurando no obstante una cuenca de drenaje más pequeña que la más amplia de la Rambla de Benipila⁶³; sin embargo, es preciso tener en cuenta que registros climáticos sedimentarios bien datados, como los obtenidos en la laguna de Zoñar (Córdoba)⁶⁴ y en las antiguas lagunas-salinas de Mazarrón (Murcia)⁶⁵, (Rodríguez-Estrella et al., 2011) indican la existencia de una fase de aridez en la Península Ibérica entre 150 a. C y 150 d.C., dentro de un período de mayor humedad que se identifica como Período Húmedo Ibero-romano (Martín-Puertas et al., 2008), lo que pudo verse reflejado en una época con menor número de tales episodios en la zona, aunque con una importante incidencia de las acumulaciones sedimentarias arcillosas originadas en el carácter torrencial de las precipitaciones propias de estas condiciones climáticas.

En este sentido, el inicio del período árido registrado está relativamente próximo al momento en que debió comenzar el proceso de construcción de nuevos ejes viarios estratégicos para el desarrollo de la urbe y/o de pavimentación de caminos previos a la conquista de la ciudad, y parece razonable pensar que la Vía Augusta debió estar entre estos pues, en el relato de la toma de la ciudad, Polibio no alude a un elemento estratégicamente tan importante como la existencia de una vía principal de acceso a la ciudad a través de sus murallas; por tanto, hubiera o no camino previo, que lo debió haber, parece que la nueva calzada debió de ser una realidad como infraestructura viaria de primer orden coincidiendo con este proceso de aridez que desde el

⁶³ Conesa García, C. y García García, E., "Las áreas históricas de inundación en Cartagena: problemas de drenaje y actuaciones", *Boletín de la Asociación de Geógrafos españoles*, nº 35, 2003, pp.79- 100.

⁶⁴ Martín-Puertas, C. et al., "Arid and humid phases in southern Spain during the last 4000 years: the Zoñar Lake record, Córdoba" *The Holocene* 18, 6, 2008, pp. 907-921.

⁶⁵ Rodríguez-Estrella, T., Navarro, F., Ros, M., Carrión, J.S., Atienza, J., "Holocene morphogenesis along a tectonically unstable coastline in the Western Mediterranean (SE Spain)", *Quaternary International*, 243, 2011, pp. 231-248.

punto de vista climático llevaría asociada mayor sequedad, es decir, menor pluviosidad, en la que los episodios de torrencialidad serían menos recurrentes aunque igualmente fuertes desde mediados del s. II a.C. y hasta mediados del s. II d.C., momento a partir del cual continúa el registro de la tendencia a mayor humedad en los entornos indicados.

A pesar de que las riadas debieron producirse en momentos más espaciados a lo largo del intervalo temporal aludido, este segundo tramo de la calzada dirigido ya hacia el Norte, debió verse interrumpido puntualmente por las avenidas de agua y lodo generadas en esa dinámica de torrencialidad constatada a lo largo de la Historia en relación a la Rambla de San Ginés/el Hondón, con aterramientos, denudación e incluso destrucciones parciales que obligarían a periódicas limpiezas y reparaciones del firme, como queda constatado en las excavaciones de 1983 (vid. infra p. 294); pero también es una realidad que la calzada no cambió apenas su trazado, al menos en ese período que siguió concitando una preferencia por el uso de sus márgenes como área funeraria. En efecto, así lo indica el hallazgo en la intervención de 1983 de un tramo de la citada calzada en cuyo margen oeste –izquierdo en el sentido de salida de Carthago Nova- se construye la estructura funeraria turriforme conocida como Torre Ciega, dando así nombre a la necrópolis que en sus márgenes se fue desarrollando al menos desde el s. I a.C. y hasta el final del I d.C. Este hallazgo, analizado más detenidamente en el siguiente epígrafe, e incluso algún otro realizado puntualmente en intervenciones de urgencia en el último lustro y visibles actualmente a la orilla izquierda de la actual carretera Cartagena-San Javier⁶⁶, infiere un paisaje claramente vertebrado por este importante eje viario hacia el Campo de Cartagena en su sector Noreste, comunicando la ciudad con distintas áreas funcionales de su ámbito productivo como el rural, con enclaves rurales romanos conocidos como La Puebla, o la cantería en las sedes de los cerros de La Fraila, Beaza y Ventura, o el pesquero específico del ámbito del Mar Menor en enclaves como los de Las Mateas o Castillitos, entre otros. Pero si el paisaje de la necrópolis debió transcurrir

en su sector más alejado de la ciudad y quizás el más reciente, entre campos de cultivo y parcelas dedicadas a arboricultura, y el trasiego generado por las labores extractivas sobre materiales para construcciones diversas, en el sector próximo a la urbe y en la margen oriental/derecha de la calzada romana, la visibilidad de la muerte se debió prefigurar entre terrenos de aluvión, de arcillas rojizas, fértiles por sus aportes nutrientes, mientras en la occidental/izquierda de la misma, la visión era la de un humedal o almarjal -según las circunstancias mencionadas- alimentado de forma recurrente por aguas continentales, cambiante en sus orillas por lo impredecible de su afectación ante avenidas de los cauces tanto de Benipila y, sobre todo, en lo que a la necrópolis de Torre Ciega respecta, por la de San Ginés/El Hondón.

Precisamente a tenor de este último entorno, cabe preguntarse sin respuesta por el momento aunque conscientes de la necesidad de plantear en un futuro la cuestión, si este medio lagunar tuvo algún papel en los rituales de muerte practicados en esta necrópolis, o si, por ejemplo, la frecuentación de sus marjales someros por embarcaciones apropiadas formaron parte del día a día de la muerte, a la par que de la vida, entre los ciudadanos de Carthago Nova, en una relación ya no solo social sino también natural y simbólica con un espacio, emblemático en efecto, pero uno más de la ciudad como lo eran las necrópolis. Todo ello, dentro de unas condiciones medioambientales que parece no fueron excesivamente cambiantes en los dos últimos siglos del I milenio a.C. y los dos primeros del I milenio d.C. como hemos indicado. Así mismo, a tenor de la urbanística que ofrecen sus hallazgos, el paisaje intracementerial configuró un entramado de espacios de paso de entre 2 y 3 m, de arcilla rojiza y endurecidos por su frecuentación, entre enterramientos de variado tamaño, diferente tratamiento y/o monumentalización externa, practicados en el amarillento suelo geológico de base de margas miocenas, e indicados mediante estructuras pétreas de andesitas oscuras y arcilla rojiza trabadas con argamasa de cal, con una configuración tumular que, bien señalaban, bien encerraban, los enterramientos propiamente dichos. Entre este abanico de

⁶⁶ En el entorno del antiguo acceso a la ya demolida Fábrica de la Española del Zinc se localiza una posible estructura tumular cuadrangular funeraria cuya ubicación la sitúa en la margen oeste/izquierda de la antigua calzada a su paso por este paraje. Algo más arriba, en igual dirección, se conocía desde hace muchos años, y tras ser cortado por sucesivos reacondicionamientos de la actual carretera comarcal Cartagena-San Javier, un tramo de esta calzada que partía de Carthago Nova; en 2011, con motivo del trazado de una nueva rotonda reguladora del acceso al nuevo Polígono Industrial de Cartagena se excavó en su porción conservada, señalándose la existencia de otra posible estructura cuadrangular en su margen oeste/izquierda (Diario *La Verdad*, 27-08-2011, p. 3).

colores cabe imaginar, además espacios abiertos algo más amplios, entre grupos de enterramientos, en los que se alojaría una vegetación somera probablemente de matorral bajo, aunque por el momento no tengamos datos explícitos en este sentido, en alguno de los cuales se alojarían probablemente las *ustrinae*, prefigurando un entorno inmediato probablemente infecto y sucio e incluso pestilente, derivado de los efectos de las recurrentes piras crematorias.

Pero si este fue el paisaje normalizado de la necrópolis, el registro de la intervención de 1983 en el entorno del tramo elevado de la carretera a San Javier, nos deja entrever, al menos en esta zona y probablemente hasta cerca de la entrada a la ciudad, otro paisaje circunstancial y episódico, de anegamiento e incluso arrasamiento de estructuras funerarias y viarios interiores, incluido el tramo de la Vía Augusta relacionado con esta zona baja de la necrópolis. Hemos de pensar que estos episodios de avenida implicarían cambios en la superficie original de aquéllos enterramientos efectuados en el período temporal de uso detectado en esta necrópolis y situados dentro de la cuenca baja de drenaje y del cono aluvial de la Rambla de San Ginés/El Hondón, de igual forma que ocurrió con el tramo de calzada augustea y por supuesto con la red viaria interna del área cementerial; de esta manera, reparaciones y superposiciones de estructuras así como desniveles y/o rebajes artificiales del terreno debieron formar parte del paisaje cotidiano de esta zona baja de la necrópolis de Torre Ciega, contribuyendo probablemente esta anomalía fluvio-sedimentaria a que la necrópolis se desarrollara más a lo largo del tramo más alto de la misma, hasta al menos el kilómetro 25 de la carretera F-35 Cartagena-San Javier. Aquí, el contexto paisajístico que acompañó enterramientos y rituales de muerte debió estar ligado a la simbología propia de una zona en alto, asociada a los suelos volcánicos de los cabezos de La Fraila y Beaza y sus entornos, pero sobre todo al símbolo visual de la imagen total de la urbe y su mar con las zonas de transición portuarias, así como el emanado del entorno ideológico extraurbano conocido y el productivo asociado, vertebrado todo ello desde una caminería compleja de la que la Vía Augusta formó

parte esencial; su tránsito habitual significó en el caso de la necrópolis de Torre Ciega un paisaje doblemente humanizado sobre la realidad de un espacio social más de la ciudad.

ALGUNOS DATOS NOVEDOSOS SOBRE EL EJE VIARIO QUE VERTEBRA LA NECRÓPOLIS DE LA TORRE CIEGA Y SU DOMINIO CEMENTERIAL: APORTACIONES DE LAS EXCAVACIONES MÁS RECIENTES EN EL ENTORNO MERIDIONAL DE LA NECRÓPOLIS

Las últimas excavaciones programadas en el yacimiento fueron realizadas por P. San Martín Moro, J. Mas y M. Ros Sala en 1979 y, posteriormente, en 1983⁶⁷. Los primeros trabajos consistieron en la realización de 7 sondeos prospectivos en el entorno más occidental de la propia Torre Ciega, con el objetivo de comprobar la potencial existencia de estructuras de enterramiento en el sustrato mioceno que en este punto aparece prácticamente denudado de materiales cuaternarios; esta comprobación se insertaba en un estudio del terreno adyacente por este flanco a la estructura funeraria, previamente a la realización de un futuro proyecto de acondicionamiento del área. Pese a que el planteamiento de los diferentes sondeos buscó localizaciones de orientación y transversalidad diversa, dichos sondeos resultaron totalmente estériles, concluyendo en sentido negativo la intervención.

Posteriormente, en octubre de 1983, en relación con los trabajos previos al levantamiento de un nuevo vial sustitutorio del antiguo tramo elevado de la carretera de Cartagena a San Javier y a instancias del Ministerio de Cultura, se acometió por parte de los arqueólogos M. Ros y J. Mas una segunda intervención, ahora localizada en la margen derecha del citado tramo que, en su momento, había sustituido definitivamente un antiguo camino el cual, previo control de guardabarreras, atravesaba directamente la vía férrea utilizada por los ferrocarriles con salida y/o destino en la Estación de Ferrocarril de Cartagena y en su puerto; este último tenía su desarrollo a una cierta distancia de este tramo citado, y en su margen izquierda sentido San Javier. Por el contrario, en esta intervención de 1983, la zona elegida para ser

⁶⁷ Se publicó una breve reseña de estos trabajos en los Anuarios del Ministerio de Cultura, *Arqueología* 80. Memoria de las actuaciones programadas en el año 1980, nº 208, y también en *Arqueología* 82. Memoria de las actuaciones programadas en el año 1982, nº 206, p. 96, donde se da cuenta del hallazgo de "dos estructuras que posiblemente corresponden a cimentaciones de monumentos turriiformes". Véase también, Mas García, J. y Ros Sala, M. M., "Primera campaña de excavaciones en la necrópolis romana de la Torre Ciega (Cartagena)", *Memorias de Arqueología. Excavaciones arqueológicas en Cartagena, 1982-1988*, Murcia, 1997, pp. 253-254.

investigada arqueológicamente se localizó en la margen derecha del tramo más meridional de los tres que formaban el aludido antiguo paso elevado de la carretera F-35 Cartagena-San Javier y junto al talud de tierra que eleva dicho tramo; corresponde, pues, dicha localización a una zona más alejada de la propia estructura funeraria de Torre Ciega dentro de su entorno y, quizás, de las distintas intervenciones hasta entonces practicadas en los ss. XIX y XX.

Los hallazgos permitieron conocer un nuevo e interesante tramo de calzada y las cimentaciones de 2 estructuras tumulares cuadrangulares, del tipo de las referenciadas por distintos autores como halladas en el entorno de la Torre Ciega y asociadas en algunos casos a enterramientos tanto de rito incinerador como inhumador (vid. *supra* p. 272 y ss.).

El tramo de calzada localizado (Fig. 16), discurre en dirección Norte y forma parte de la Vía Augusta en cuyo margen oeste, o izquierdo en sentido San Javier, se encontraba la estructura turriforme funeraria de la Torre Ciega. Se descubrió en una longitud de 5 m que en su flanco norte se introducía bajo el talud de tierra que eleva la ya citada carretera F-35 para salvar los 2 viales férreos que transcurren por la zona; de su anchura total sólo se excavaron hasta 2 m por lo que posiblemente resten por descubrir al menos tres o cuatro metros más de la misma junto con el correspondiente bordillo de su margen derecha/oriental en sentido salida desde Cartago Nova. El tramo excavado apoya sobre materiales arcillosos cuaternarios del entono fluvial de la Rambla de SanGinés/el Hondón, conservando la capa de rodadura a nivel del *rudus*, formada por piedra menor y chinarro, así como el bordillo izquierdo de la misma constituido por piedras calizas de entre 20 y 26 cm de longitud por 14 a 16 cm de anchura, trabadas entre sí presentando cara y con el límite del *rudus* buscando su careo para formar una línea continuada. Adyacente a este bordillo e introduciéndose bajo este, se conserva igualmente un nivel previo de *rudus* fracturado y claramente deslocalizado respecto del posterior que, al igual que este último,

aparece arrasado bajo un nivel de 1,50 m de arcillas de origen aluvional; esta circunstancia incide en el hecho de que las ocasionales arroyadas de la rambla debieron hacer variar ligeramente el trazado de la calzada en su tramo más bajo y expuesto a las mismas, con ocasión de las reparaciones de los destrozos que sobre el firme pétreo ocasionarían estos aterramientos sobrevenidos. En este sentido, es posible que ese metro y medio de materiales arcillosos acumulados fueran el resultado final de distintos episodios de avenida, una vez que este trazado debió de ser definitivamente abandonado y quizás sustituido por un tramo sobreelevado mediante un terraplén de tierra con sus correspondientes pequeños aliviaderos, a la manera que se constata en fotografías de la zona del s. XIX, en las que un camino de estas características parte del área de la Estación de Ferrocarril y se encamina a la travesía de la Rambla del Hondón, siendo utilizada por carruajes de la época⁶⁸.

Al hilo de este hallazgo y en relación con esta última posibilidad propuesta, conviene subrayar que la georeferenciación del camino que, sobre cartografía del siglo XVIII⁶⁹, aparece saliendo de las puertas de San José para dirigirse por el trazado propuesto en el epígrafe previo hasta bordear el sepulcro turriforme de la Torre Ciega, coincide exactamente con el trazado actual de la calle Pintor Portela y su continuidad en la de Tito Didio (Fig.17), constituyendo esta última el tramo inicial de la carretera F-35 a San Javier. Quiere pues, esto decir, que este camino, que probablemente corresponda al de la Hilada que las fuentes documentales escritas de los ss. XVIII a XIX recogen, fosilice el trazado de la calzada romana y, a su vez, quede señalado por las calles aludidas, primer tramo de la carretera actual.

Asociadas a la trayectoria del tramo de calzada descubierta, aunque al margen derecho del mismo y por tanto, al lado opuesto de sepulcro de Torre Ciega, se localizaron y excavaron los restos a nivel de cimentación de sendos encachados pétreos pertenecientes a dos probables estructuras funerarias, separadas entre sí por una distancia de 2 m. De sur a norte, la estructura 1^a

⁶⁸ No deben extrañar estas abundantes acumulaciones de limos sobre la calzada, cuando tenemos distintas referencias escritas sobre circunstancias similares; un ejemplo es la crónica de las inundaciones de fines de septiembre de 1919 extensamente recogida en la prensa local de Cartagena, más concretamente en el diario *El Porvenir*. En ella se alude a la destrucción de una fábrica de maderas ubicada en el camino de Torre Ciega, con toda su maquinaria, estructura y material almacenado, indicándose que el agua alcanzó en la zona los 2 m. de altura.

⁶⁹ *Plano General de los contornos de Cartagena y su Puerto con demostracion de la ramblas q[ue] en el bazian i le ciegan; i canal prinzi-piado para desviarlas de el por la cala de las Algamecas chicas*. AGS-M.P y D. IV-77. Autor, Sebastián Feringan, año 1747, donde aparece por primera vez claramente representado el monumento de Torre Ciega (trabajo de georeferenciación de F. Cerezo).

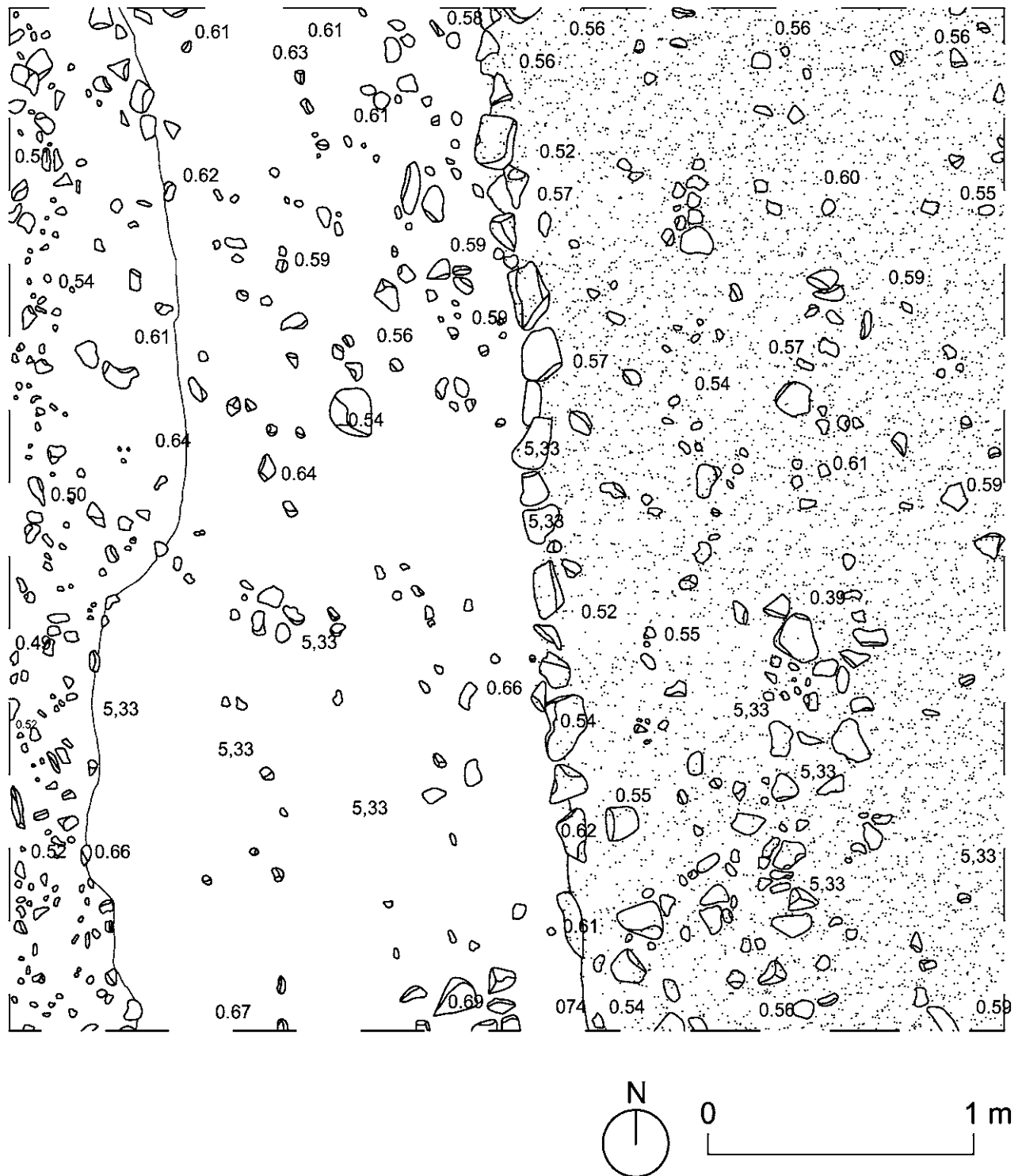


Fig. 16.- Tramo de la calzada romana excavado en 1983 junto al talud del tramo meridional elevado de la carretera Cartagena-San Javier.



Fig. 17.- Georeferenciación, sobre cartografía del siglo XVIII, del camino que saliendo de las puertas de San José se dirige hacia el norte, hasta bordear el sepulcro turriforme de la Torre Ciega (AGS-M.P y D. IV-77)

(Fig. 18) ofrece una planta cuadrangular formada por la excavación de la base geológica miocena que, siguiendo dicho diseño, constituye la caja de cimentación de una estructura muraria mal conservada que, a modo de forro de piedras calizas de tamaño medio a menor entremezcladas con prismas de andesita y trabadas con argamasa de cal, deja un espacio interno, de perfil así mismo cuadrangular, no ocupado por estructura alguna; este espacio diáfano bien pudiera haber alojado en su interior, sendas urnas de incineración siguiendo el patrón constatado en otras sepulturas del mismo entorno de la necrópolis. La estructura, con ángulos de 90°, tiene unas dimensiones de 2,50 m en el eje norte-sur por 3,40 m en el este-oeste y los forros murarios conservados presentan 1 m de ancho.

La estructura n^º 2 (Fig. 18), dos metros al norte de la n^º 1 y como ésta a 0,50 m de la superficie, se inserta

en el terreno natural de igual forma que lo hace la anterior, aunque ahora la caja de cimentación y los forros murarios conservados a ese nivel ofrecen una planta rectangular de ángulos así mismo de 90°; en este caso, la obra se hace exclusivamente con andesita de tamaño variado aunque sobresalen de medio a pequeño, de 20 cm a 10 cm de longitud, trabajadas en forma prismática y triangular y trabadas con argamasa de cal. Sus dimensiones, menores que en la n^º 1, alcanzan los 2,60 m de ancho por 2,70 m de longitud conservada aunque sería algo más larga. También aquí, el espacio interior que dejan sus forros murarios, de 0,60 m de anchura, queda exento para albergar bien el propio enterramiento o el acceso a una fosa interior más profunda que alojara el enterramiento. Ambas estructuras se ven afectadas por una zanja antrópica de trazado rectilíneo aunque desigual en su anchura que, no obstante, alcanza al menos los 0,60 m y corre en dirección norte-sur.



Fig. 18.- Planta de los dos encachados cuadrangulares excavados en las proximidades del tramo de calzada hallado en 1983.

RITOS DE ENTERRAMIENTO, ESTRUCTURAS Y RECEPTÁCULOS FUNERARIOS, Y AJUARES DOCUMENTADOS

La amplia aunque dispar información resultante del análisis de las fuentes documentales literarias, fotográficas y arqueológicas recabadas tras el amplio rastreo efectuado en distintas instituciones locales, regionales y estatales⁷⁰, parecen reflejar el uso predominante del rito de enterramiento incinerador, aunque con una presencia coetánea de inhumaciones, circunstancia que no es exclusiva de esta necrópolis y que parece fue más frecuente de lo que tradicionalmente se piensa⁷¹.

En efecto, el rito dominante en esta necrópolis es el de la incineración, tanto primaria, con la deposición de las cenizas y ajuar en el mismo emplazamiento donde fue incinerado el cadáver, como secundaria, con la cremación en el *ustrinum* y la posterior recogida de las cenizas y huesos en la urna sepultada en un lugar distinto al de la combustión. Pero además, es probable que este rito conviviera, al menos durante algún período, con el de la inhumación. Hasta la fecha no hemos encontrado referencias escritas precisas a cadáveres inhumados, si bien el propio San Martín, señala en la noticia de sus excavaciones de 1957 enviadas a la prensa, la existencia y el hallazgo de enterramientos de ambos rituales. Por otra parte, entre los materiales fruto de dichos trabajos conservados en los fondos del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena se conservan restos óseos muy astillados de un individuo de avanzada edad que no muestra trazas de un proceso de combustión.

En relación a las estructuras que alojaron los restos de las incineraciones registradas en la necrópolis, los datos documentales antiguos y más recientes, junto con los procedentes de excavaciones posteriores, indican la existencia al menos de fosas simples, más o menos pro-

fundas que contuvieron una urna con los restos cremados, en algunos casos protegidas por nichos de piedra, o encajadas en un sillar de piedra, en otros ocupando un espacio bajo tierra o a nivel, centrado en el interior o debajo de estructuras cuadrangulares de piedra caliza y andesita, bien de tipo encachado, bien tumular o de tipo turriforme como la propia Torre Ciega o las estructuras localizadas en las excavaciones de Ros y Mas en 1983 o las reseñadas por Jiménez de Cisneros como halladas en esta misma necrópolis con urnas cinerarias depositadas en su centro; dentro de este mismo tipo de estructuras se reconoce otra rectangular, abierta en uno de sus lados y también con incineraciones en urna en su interior, representada gráficamente por González Simancas y con claros paralelos en la necrópolis Ballesta de Ampurias, concretamente en el recinto pétreo que contiene hasta 8 incineraciones identificadas con los números 16 a 23⁷². En cualquier caso, este tipo de estructuras señalarían al exterior el espacio sepulcral de uno o más enterramientos de incineración en urna. Ejemplos de estos tipos se documentan, como hemos analizado, en los diversos documentos que desde fines del s. XVI nos transmiten los diversos autores citados, corroborados en algunos casos por las excavaciones sistemáticas más recientes.

Un conjunto de materiales arqueológicos procedentes de todas estas excavaciones y rebuscas se conserva en el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena; otros, por el contrario, solo se conocen a través de fotografía. Tampoco se han podido individualizar las monedas que se reseñan en los informes y publicaciones. Algunos de ellos han sido publicados ya por nosotros en otras obras de carácter general⁷³, otros son inéditos. En su mayor parte, no se pueden asociar a ajuares concretos ni urnas, por lo que se analizan en conjunto y en función de su adscripción funcional y tipológica.

⁷⁰ Se han consultado documentos depositados en el Archivo Municipal de Cartagena, Archivo Fotográfico de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia y Archivo General de la Administración, relacionados en unos casos con la existencia, remodelaciones y, en su caso, intervenciones de conservación y restauración asociados a la propia estructura funeraria de la Torre Ciega, y en otros concernientes a la práctica de excavaciones arqueológicas no sistemáticas en distintos puntos de sus inmediaciones, depositados en el Archivo Municipal de Cartagena.

⁷¹ Vid. por citar un ejemplo donde ambos ritos conviven en el recinto funerario de una misma familia, Ortalli, J., "Cremazione e inhumazione nella Cisalpina: convivenza o contraddiposizione?", *Körpergräber des 1.-3. Jahrhunderts in der römischen Welt*, Internationales Kolloquium Frankfurt am Main, (19-20 November, 2004), Frankfurt, 2007, pp. 201-213.

⁷² Almagro, M., *Las necrópolis de Ampurias*, Vol. II, *Las necrópolis romanas e indígenas*, Barcelona, 1955, pp. 56-62, lám. I, 2.

⁷³ Ros Sala, M. M., *La pervivencia del elemento indígena*, La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, vol. 1, Murcia, 1989; Ramallo Asensio, S. F., *La documentación arqueológica*, La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, vol. 2, Murcia, 1989.

ELEMENTOS RELACIONADOS CON EL RITUAL DE ENTERRAMIENTO: URNAS, UNGÜENTARIOS, OFRENDAS, RECIPIENTES ACOMPAÑANTES Y OTROS ELEMENTOS DEL AJUAR

El carácter predominante de necrópolis de incineración hace de la *olla ossuaria*, o urna, un componente fundamental, aunque no imprescindible, como hemos visto más arriba, del aderezo funerario. En Torre Ciega hemos constatado, hasta la fecha, receptáculos de plomo y vidrio, así como de cerámica, tanto de tradición ibérica, pintada con motivos fitomorfos y geométricos, como común de cocción reductora y oxidante.

Urnas-contenedores de plomo y vidrio

En cuanto a las cajas de plomo, hay constancia fotográfica del hallazgo de, al menos, tres urnas de plomo, una de las cuales conserva aún íntegra en su interior otra de vidrio con los huesos calcinados y cenizas del cadáver. Se expone en el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena (MAMC-909). Presenta forma ovoide y base plana, con 21 cm de diámetro en la boca, y 19,8 cm. de altura. Se combina con una tapadera plana dotada de una pestaña vertical de 2,5 cm, para facilitar el ajuste con el vaso. En su interior contiene una urna de vidrio verdoso de forma globular, de 14,5 cm de diámetro y de 18,7 cm de altura, con la base rehundida y el borde vuelto con protuberancia, forma Ising 67a⁷⁴. (Fig. 19). El espacio comprendido entre las paredes de ambos recipientes está relleno por un fuerte conglomerado de cal. El tipo de urna ovoide de fondo plano, como caja protectora de otra de vidrio, es frecuente en las necrópolis de incineración hispanas. Así por ejemplo, en Ampurias, hallamos un ejemplar con este mismo perfil en la incineración Pi nº 12, fechada en época de Claudio, provista de una tapadera en forma de casquete⁷⁵, que cobijaba también en su interior una urna globular de

vidrio de borde vuelto y tapadera con asidero central de forma troncopiramidal. Otras cuatro urnas de características semejantes se conservan en el Museo Arqueológico Nacional y contenían otras tantas urnas de vidrio; dos de ellas proceden del Sur de la Península Ibérica, para las otras dos no consta el lugar de hallazgo⁷⁶. También en la necrópolis sureste de Belo se han registrado urnas de plomo de características formales similares, que forraban otras de vidrio⁷⁷, al igual que sucede en Córdoba⁷⁸, en la necrópolis de "La Constancia". No obstante, el mejor paralelo formal para nuestro primer ejemplar procede del entorno pompeyano, donde en la necrópolis de los *Lucretii Valentis* encontramos la urna globular de vidrio, con el borde aplanado y vuelto, dentro de otra de plomo de forma oval con tapa plana y botón central⁷⁹

La segunda urna de plomo (MAMC-3775) debió formar parte de los hallazgos realizados en 1903 por Fernández Villamarzo en terrenos propiedad de don José Carlos-Roca (vid. *supra* p. 283). Estuvo en el Ayuntamiento, donde la fotografió, junto a otros materiales procedentes de la necrópolis, Jiménez de Cisneros⁸⁰, aunque no la describe, y de ahí pasó al Archivo Municipal, donde la retrató Beltrán. Más explícito es González Simancas, que reproduce un dibujo a mano alzada y proporciona las dimensiones: 25 cm en la base, 14 cm en la boca y 16 cm de altura. La urna tiene forma sensiblemente trapezoidal, con la base ligeramente curvada. Conserva la tapa, circular, con pestaña vertical de 2,7 cm y asidero en forma de apéndice puntiagudo de 6 cm de altura en el centro (Fig. 20). Contenía restos calcinados de la incineración del cadáver así como restos de unguentarios de vidrio, descompuestos, al decir de González Simancas. Se conserva fragmentada en los fondos del Museo Arqueológico Municipal, con la plancha sensiblemente convexa del fondo, por un lado, y el cuerpo, deformado al igual que la tapa, por otro. Desde el punto de vista formal, la referencia más cercana se encuentra, en cierto

⁷⁴ Este tipo de olla globular con borde vuelto se inicia en época claudio-neroniana y pervive hasta pleno siglo III. Vid. Ising, C., *Roman Glass from Dates Finds.*, Archaeologia Traiectina 2. Utrecht, 1957, pp. 86-87.

⁷⁵ Almagro, *op. cit.* (n. 72), p. 230, fig. 200. Vid. también para este mismo conjunto, Oliva Prat, M., "Museo Arqueológico de Gerona. III. Urnas cinerarias de plomo de Ampurias, en el Museo de Gerona", MMAP, IX-X, 1948-1949, p. 272, fig. 121, nº 709, y para la urna de vidrio que contenía fig. 117c.

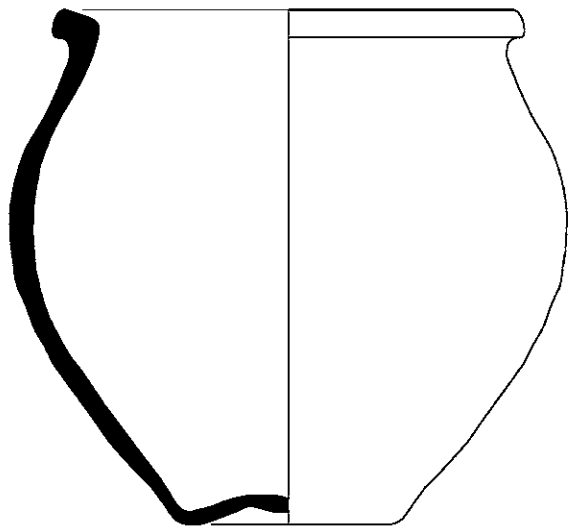
⁷⁶ Marín de la Torre, M., "Urnas cinerarias romanas de vidrio y plomo del Museo Arqueológico Nacional. Madrid", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, IX, 1991, p. 26, ff. 20-23.

⁷⁷ Remesal Rodríguez, J., *La necrópolis sureste de Baelo*, E.A.E., 104, 1979, p. 29, lám. XXV, tumba XVII.

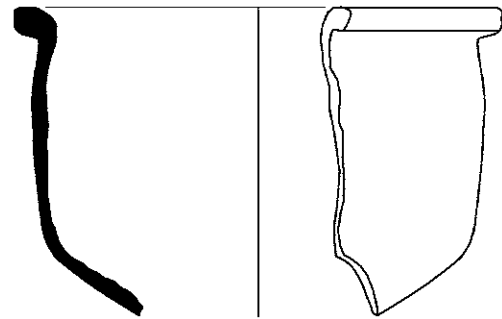
⁷⁸ Vaquerizo, D. (ed.), *Córdoba en tiempos de Seneca*, Córdoba, pp. 184-185.

⁷⁹ De Spagnolis Conticello, M., "Sul rinvenimento della villa e del monumento funerario dei Lucretii Valentis", *Rivista di Studi Pompeiani*, VI, 1993-94, pp. 147-166, esp. P. 156, notas 16 y 17.

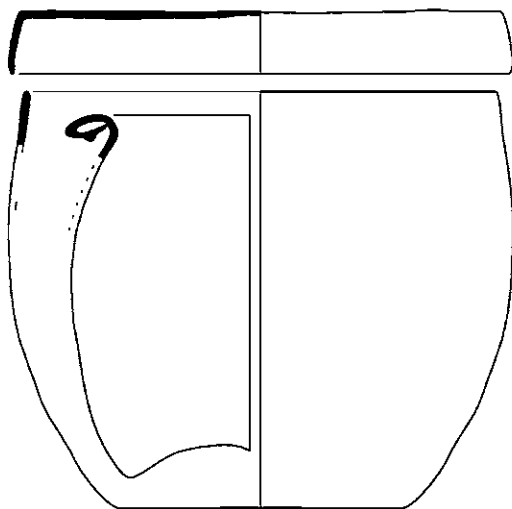
⁸⁰ Jiménez de Cisneros, *op. cit.* (n. 51), p. 265, fig. 6.



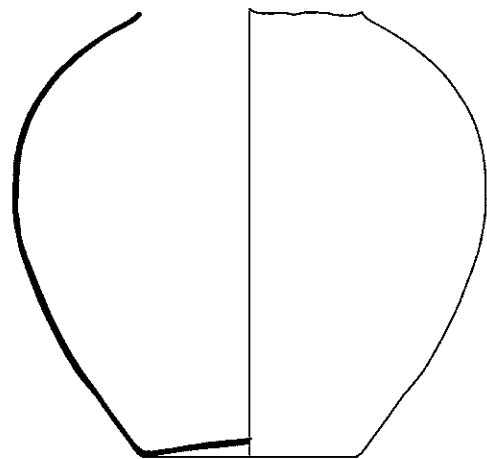
MAMC-802



TC-1957/6



MAMC-909



MAMC-987



Fig. 19.-Urnas de cerámica, plomo y vidrio halladas en la necrópolis de la Torre Ciega.

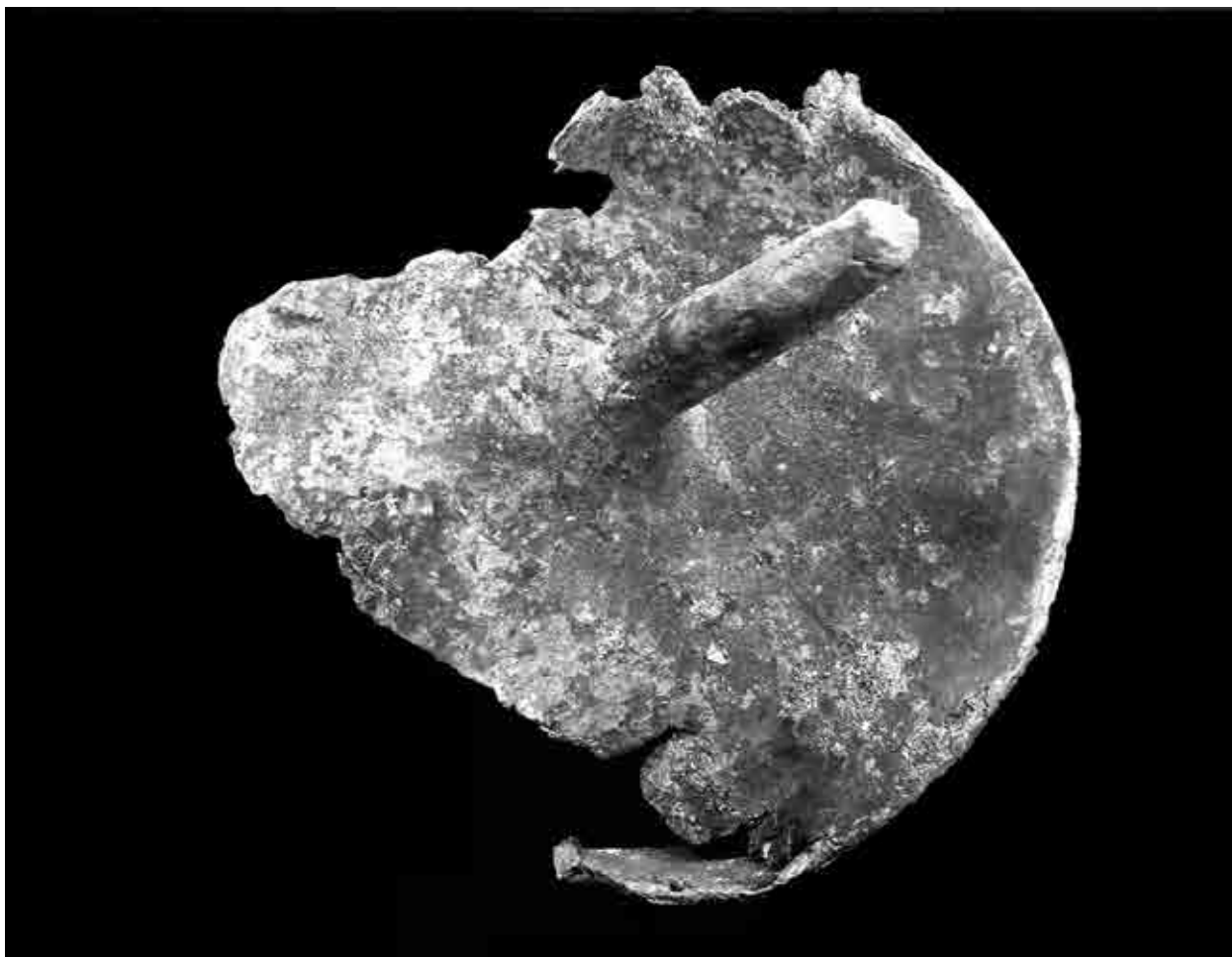


Fig. 20.- Tapadera de la urna de plomo MAMC-3775 de la necrópolis de la Torre Ciega, con apéndice cilíndrico en el centro.

modo, en las *urnas esféricas de cuello cilíndrico* halladas en Ampurias, concretamente en la nº 45 que contenía las cenizas de la incineración en la necrópolis Torres, fechada en época augusteo-tiberiana, cubierta con una tapadera circular dotada en el centro de un vástago cilíndrico a modo de asa⁸¹, si bien divergen sensiblemente en la forma de las paredes, abiertas hacia el fondo en el recipiente plúmbeo de Cartagena.

Por último, se conoce por documentación fotográfica otra urna de plomo de forma similar a la anterior, aunque con la base cóncava, y de mayores dimensiones a juzgar por la fotografía de Jiménez de Cisneros y por las dimensiones que proporciona González Simancas:

31 cm de diámetro, 22 cm de altura conservada y 20 cm diámetro de la tapa, que debía ser semejante a la cubierta de la anterior, según afirma este último. Ha perdido la parte superior que corresponde a la boca y no conservaba restos humanos⁸². Sin embargo, en la reproducción fotográfica del primer autor se incluye, entre las urnas 1 y 3, la parte central de una tapadera de plomo con un vástago de sujeción vertical y apuntado, que debió corresponder a esta última. Por el contrario, en la figura que proporciona Beltrán con las tres urnas, este último elemento no aparece⁸³. Al igual que en el ejemplar anterior, esta urna entraría dentro de la serie de urnas en forma de calabaza de los tipos ampuritanos, aunque también con sensibles diferencias en el contor-

⁸¹ Almagro, *op. cit.* (n. 72), pp. 176-177.

⁸² González Simancas, *op. cit.* (n. 49), vol. IV, Cuaderno V, p. 239 de la edición facsímil.

⁸³ Beltrán, *op. cit.* (n. 30), fig. 6.

no de la pared⁸⁴. Se podría parangonar con un ejemplar de procedencia desconocida conservada en el Museo Arqueológico Nacional, que contenía en su interior restos de huesos calcinados⁸⁵.

Urnas de plomo utilizadas directamente como contenedor de los restos incinerados del cadáver o como envoltorio protector de un recipiente de vidrio, que es el que recoge los restos de la cremación, están ampliamente atestiguadas en las necrópolis de finales de la República y del siglo I d.C., especialmente de su primera mitad. En la Península Ibérica, las necrópolis de Ampurias proporcionan una amplia muestra, con cajas cilíndricas, rectangulares, esféricas y troncocónicas⁸⁶. También en Mérida este tipo de sepultura está bien atestiguado por tres urnas de forma cilíndrica fechadas, probablemente, en la segunda mitad del siglo I d.C., una de las cuales al menos, contenía otra de vidrio globular⁸⁷. Asimismo, las necrópolis gaditanas han procurado numerosas urnas de plomo, con formas troncocónicas y globulares con cuello cilíndrico, semejantes a una de las urnas de Cartagena⁸⁸.

Quizás haya que poner en relación con la tercera de las cajas de plomo de Torre Ciega descritas, una urna cineraria de vidrio soplado verdoso y forma globular, con base hundida, a la que falta el borde, que se halla expuesta ahora en el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena (MAMC- 987) (Fig. 19). Conserva 16 cm de altura y corresponde al tipo Ising 67a. Debe corresponder a la que reproduce Jiménez de Cisneros en la fig. 6, colocada sobre la urna de plomo que hemos inventariado con el nº 1, y a la que describe y dibuja González Simancas, con unas dimensiones de 8 cm en la base, 9,5 cm en el cuello, y altura de 16 cm. Este tipo de urna globular,

generalmente con el borde vuelto y ligeramente escalonado son habituales como contenedores cinerarios en las necrópolis del siglo I. Con este perfil encontramos varios ejemplares en las necrópolis de Ampurias (Torres y Pi); también de la misma forma, con el cuerpo globular sin asas, se conservan varios ejemplares en el Museo Arqueológico Nacional, uno de los cuales, hallado en Barcelona, formalmente muy similar a la de Cartagena, contenía en su interior una moneda de Calígula acuñada en Carthago Nova⁸⁹.

Urnas-contenedores de cerámica ibérica pintada

La utilización de recipientes cerámicos de tradición ibérica como urnas contenedoras de los restos incinerados, está representada en la necrópolis de La Torre Ciega por al menos cuatro ejemplares cuyos hallazgos se referencian como fortuitos o exhumados en excavaciones no sistemáticas (*vid. supra*). Pese a mostrar una misma funcionalidad desarrollan dos tipos formalmente distintos en los que, no obstante, se desarrolla una decoración pictórica que guarda semejanzas tanto en la estructura de la misma en su relación con el vaso, como en la técnica de la pintura utilizada y los motivos elegidos como trama decorativa, circunstancia esta que se repite en otra necrópolis del entorno ibérico contestano como es el caso de la necrópolis del Parque de Las Naciones (Albufereta, Alicante)⁹⁰. En el caso de la urna TC-836 (Fig. 21), correspondiente al tipo VIa-variante del tipo *Jarra pithoidea* de Ros Sala⁹¹, el perfil del galbo es claramente bicónico desarrollado desde un fondo en arista y umbilicado, rematado por un cuello corto que finaliza en borde lobulado que permitiría ajustar una posible tapadera⁹²; otra peculiaridad que la diferencia de las otras tres urnas de tradición ibérica conocidas, es la presen-

⁸⁴ Oliva Prat, *op. cit.*, (n. 75), urnas nº 620 y 1010, pp. 274-277, fig. 122. Cfr. Almagro, *op. cit.* (n. 72), p. 197, fig. 170, incineración Torres nº 67. También, incineración Torres, 46, p. 177, fig. 150, aunque todas ellas de tendencia más esférica que la de Cartagena, que se acercaría a la forma de ancho cilindro achatado, con hombros y fondo curvados.

⁸⁵ Martín de la Torre, *op. cit.* (n. 76), p. 26, fig. 24, nº inv. 9.967, con botón central plano en la tapa.

⁸⁶ Oliva Prat, *op. cit.* (n. 75), pp. 265-283.

⁸⁷ Acero Pérez, J. y Cano Ortiz, A. I., "El plomo y sus aplicaciones en una ciudad romana: Augusta Emerita", *Sautuola*, XIII, 2007, pp. 548.

⁸⁸ López de la Orden, M. D., "Urnas cinerarias de la necrópolis romana de Cádiz", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2000*, Actuaciones sistemáticas, vol. 2, 2003, pp. 111-126.

⁸⁹ Martín de la Torre, *op. cit.*, (n. 76), p. 19, fig. 2, nº inv. 14.281 y en general, pp. 17-24, ff. 1-14.

⁹⁰ Rosser Limiñana, P., "La necrópolis romana alto-imperial del "Parque de las Naciones" (Albufereta, Alicante): estudio de alguno de sus materiales", *Lucentum*, IX-X, 1990-91, pp. 89-91.

⁹¹ Ros Sala, *op. cit.* (n. 73), pp.95-97, fig. 36, VI a.

⁹² Esta urna estuvo depositada en el Museo de la Sociedad Económica de Amigos del País, donde la vio y fotografió González Simancas, quien recogió además, durante sus excavaciones de 1926 y en el mismo paraje de la Torre Ciega, otro fragmento con la misma composición. Vid. González Simancas, *op. cit.* (n. 55), pp. 17-18, lám. IV, con dibujo de la urna completa y del fragmento. Jiménez de Cisneros, *op. cit.* (n. 51), reseña también la pieza completa, que contenía aún "huesos quemados", si bien no puede señalar la procedencia precisa, aunque afirma que, según a él le habían asegurado, "se había encontrado cerca de la vía romana" que atravesaba junto a la Torre Ciega.

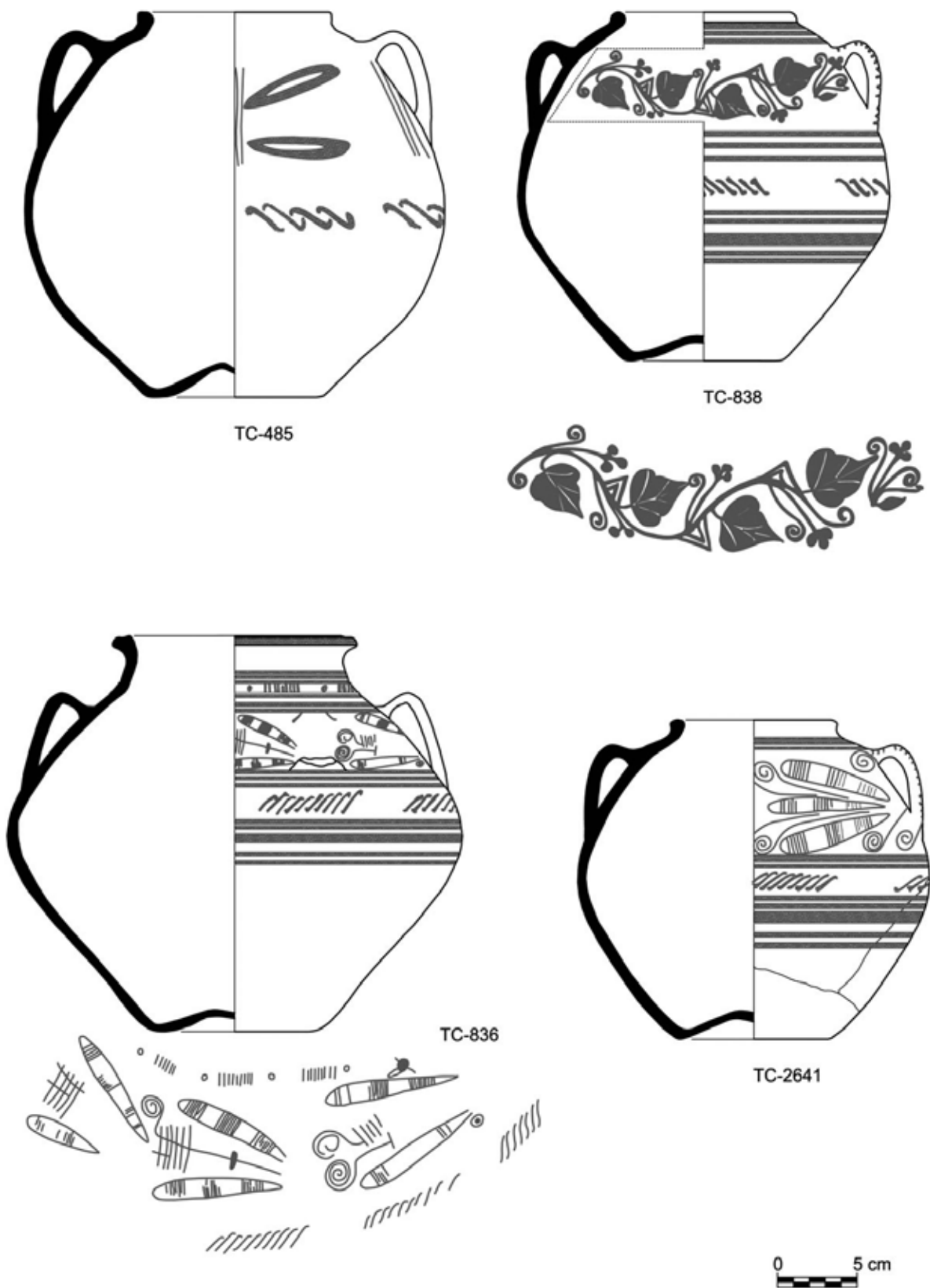


Fig. 21.- Urnas cerámicas pintadas de tradición ibérica, halladas en la necrópolis de la Torre Ciega y depositadas en el Museo de Arqueología Municipal de Cartagena.

cia en el cuerpo superior del galbo de tres asas, más o menos equidistantes, cuya ubicación estructura el friso decorativo que sobre el citado cuerpo centra la estética decorativa al igual que lo hace sobre la urna TC 2641.

En cambio las urnas TC-838, TC-485 y TC-2641 (Fig. 21) presentan un perfil bitruncocónico, en el que también el cuerpo superior se elige como campo para desarrollar los frisos decorativos que las adornan y que arranca, en todos los casos, de fondos en aristas umbilicados, para rematar en un borde, redondeado, sin cuello que medie con el galbo; se adscriben, pues, al tipo XVIb-variante *pitiskoi*, de Ros Sala⁹³. Las dimensiones de las cuatro oscilan en altura entre los 25 cm de las TC-485 y TC-836 hasta los 22 cm de la TC-838 y los 20 cm de la TC-2641, mientras que las aberturas de sus bocas oscilan entre los 14 cm de la TC-836 y los 9,50 cm de la TC-840, siendo similares los diámetros de las urnas TC-485, con 11,75 cm, y los 10,70 de la TC-838; reflejan, pues, estas dimensiones un tamaño significativamente mayor de la urna TC-836, diferente, a su vez, por su perfil y la presencia de tres asas, frente a la menor, identificada como TC-2641 que, dentro del resto de las urnas bitruncocónicas sin cuello, comparte intervalo dimensional similar con la TC-838 no así con la TC-485, de altura y diámetro de boca mayor que estas últimas y muy próximo al que ofrece la TC-836, bicónica y con tres asas, al presentar 25 cm de altura y una amplitud de boca de 11,75 cm.

Es interesante así mismo, el análisis de las composiciones decorativas pintadas en rojo vino insertas en el campo de los cuerpos superiores de todas ellas y entre las asas. Los motivos elegidos son de carácter fitomorfo, siendo de índole natural en el caso de la TC-838 y esquemática en las restantes. En todos los casos, los motivos elegidos se enmarcan entre dos grupos, superior e inferior, de líneas horizontales en número de dos y tres; excepto en la urna TC-485, en todas ellas el grupo de 3 líneas inferior da paso a un friso de S inclinadas a la derecha, delimitado en su parte inferior por conjunto de banda entre dos grupos de dos líneas arriba y abajo de ésta, demarcando así el campo decorativo en el cuerpo inferior del vaso. De igual forma, también el límite superior del campo decorativo viene materializado

mediante el grupo de líneas que decora el friso pintado del cuerpo superior, excepto en la TC-485 en la que el motivo decorativo no queda encuadrado en elemento alguno, al margen de la serie de S inclinadas; tan sólo en la urna TC-836 y en la unión entre galbo y cuello, se añade un motivo de series de trazos verticales en nº de 8 entre campos exentos con punto central, delimitado, a su vez, por grupo de tres líneas, resaltándose el borde superior de la urna con una banda y trazos verticales. Parece, pues, que este tipo de urnas de forma y estética decorativa de tradición ibérica fue uno de los tipos de contenedores funerarios elegidos entre la población de Carthago Nova de un determinado período cronológico para alojar los restos de incineraciones efectuadas en las *ustrinae* de la necrópolis.

Los motivos realizados en las urnas de la necrópolis de la Torre Ciega plasman una guirnalda de hojas de hiedra en el caso de la TC-838, pintada de forma plena en rojo vino aunque utilizando sobre las hojas un fino esgrafiado sobre la superficie del vaso que destaca y remarca, así, sus diferentes partes (Fig. 21). Esta elección se repite también en la urna de la tumba nº 3 de la anteriormente citada necrópolis del Parque de Las Naciones (Albufereta, Alicante)⁹⁴, aunque aquí el pintor aunó en el motivo tanto el carácter natural como el esquemático. Este último carácter queda en cambio reflejado en el resto de las urnas de Torre Ciega, sobre todo en la TC-836 y en la TC-2641 en las que el motivo fitomorfo se resuelve de forma esquematizada, representando también una guirnalda de hojas ahora caracterizadas solo mediante dos o tres óvalos pintados y rellenos de series de trazos verticales, todo ello a modo de hoja, de las que salen una o dos líneas rematadas en espiral a modo de estambres que, en el caso de la TC-836, incorporan trazos verticales y puntos en su zona media. En el caso del motivo de la guirnalda natural de hojas de hiedra ya se señaló en otro trabajo⁹⁵ su presencia en otros contextos de Carthago Nova como el Molinete y las fases I y IIb del Anfiteatro, a los que se suma el ejemplar decorativamente "híbrido" de la necrópolis alicantina del Parque de las Naciones fechada en época Tiberio-Claudia así como la relativamente frecuente técnica del esgrafiado sobre elementos vegetales que Ramos asociara al nivel D de La Alcudia de Elche⁹⁶.

⁹³ Ros Sala, *op. cit.* (n. 73), pp. 121-123, figs. 47 y 52.

⁹⁴ Rosser Limiñana, P., *op. cit.*, (n. 90), pp. 89-91.

⁹⁵ Ros Sala, *op. cit.*, (n. 73), p.71, figs. 14, 47

⁹⁶ Ramos Fernández, R., "Estratigrafía del Sector 5-F de La Alcudia de Elche", *Lucentum*, II, 1982, pp.147 y ss.

También es frecuente el motivo fitomorfo esquematizado que Ros Sala identifica como B.3.4. en los contextos de Carthago Nova acabados de citar de Molinete-sector B, Anfiteatro fases I y IIb, o Calle Cuatro Santos nº 40 en niveles augusteos⁹⁷, en El Monastil, así como en el nivel "ibero-romano" que Ramos Fernández definió en La Alcudia⁹⁸; en todos los casos se asocia como tipo decorativo no solo al tipo de las urnas de Torre Ciega aquí analizadas, sino, también y coetáneamente, a nuevas formas de la vajilla de tradición ibérica formas VIII y XI de Ros Sala⁹⁹ que, al menos en Carthago Nova y en La Alcudia, imitan formas de la vajilla romana como el bol de paredes finas Mayet III o la taza de igual naturaleza Mayet XI¹⁰⁰ o la forma IV de Marabini Moevs en Cosa¹⁰¹. El mismo motivo aparece también, sobre un gran *kálathos*, en la tumba nº 4 de la necrópolis alicantina del Parque de Las Naciones también datada en época Tiberio-Claudia¹⁰². Estas esquematizaciones vegetales propias de contextos de la 2ª mitad del s. I a.C. y s. I d. C. se insertan, pues, tanto en formas tradicionales indígenas como en nuevas formas de imitación de determinados servicios y tipos de la vajilla netamente romana coetánea y de uso, lo que hace pensar, a falta de más datos, que su posible simbología fue compartida en los períodos indicados ya en ámbitos funerarios ya en esferas de la vida cotidiana, significando, quizás, una adaptación indígena? ¿foránea? a los gustos de mercados de una y otra naturaleza pues dichas adaptaciones formales/funcionales y decorativas se extienden a otras formas de la vajilla de mesa¹⁰³. No obstante, con los datos actuales, las urnas pintadas de tradición ibérica de la Necrópolis de la Torre Ciega incorporan unos motivos siempre fitomorfos y, sobre todo, esquematizados, algo que ocurre de igual forma en necrópolis coetáneas del ámbito contestano ibero-romano, cuestión esta que, aunque haya de ser tomada con reservas en tanto no tengamos más datos procedentes de excavaciones sistemáticas en nuestra necrópolis, abogan por una

intencionalidad en la elección de motivos decorativos fitomorfos en ámbitos funerarios, así como que su producción se asocia a un período concreto de la manufacturación de talleres locales de las ciudades ibero-púnicas-romanas del Sureste Ibérico que, o bien trabajan sobre patrones decorativos estandarizados para un mercado concreto, o su comercio desde un taller único abarca un territorio muy concreto que marcaría evidentes e intensas relaciones ideológicas, sociales y económicas. De cualquier forma y hasta lo que conocemos por el momento, resulta evidente que en el período de uso de la necrópolis de la Torre Ciega, las urnas contenedores cerámicos no incorporan ya los motivos simbólicos zoomorfos que habían gozado de amplia aceptación y representación en la esfera funeraria de los ss.III y II a.C., y que en cambio aparecen en la necrópolis del barrio de la Concepción al otro lado del estero y próxima visualmente al área portuaria, lo que apunta en dirección a la capacidad de absorción ideológica que las estructuras sociopolíticas romanas tuvieron en el proceso de interacción entre iberos, púnicos y romanos.

Urnas de cerámica común y de cocción reductora

Otro tipo de recipiente utilizado como urna cineraria en la necrópolis de Torre Ciega corresponde a la olla de cerámica común, de cocción reductora, de la que se ha recuperado un ejemplar completo (MAMC-802) y varios fragmentos de otras más. La pieza completa, al igual que las restantes de esta serie, se caracteriza por una arcilla gris ceniza, con fisuras y superficie alisada, en la que son visibles gruesas partículas de desgrasante. Tiene el cuello corto, con el borde exvasado, galbo de perfil globular, con el fondo ligeramente rehundido (Fig. 19). El diámetro de la boca es de 17 cm y la altura de 19,2 cm. Contenía en su interior restos de huesos calcinados. Es reproducida por Jiménez de Cisneros, en su figura 4, junto a dos urnas de cerámica pintada de tradición ibérica, lo que nos permite atribuir la a las ex-

⁹⁷ Ros Sala, *op. cit.*, (n. 73), p. 71 y 103, figs.14, 47, 39, 52.

⁹⁸ Ramos Fernández, *op. cit.*, (n. 96), p. 123, f.6.

⁹⁹ Ros Sala, *op. cit.* (n. 73), pp. 102-109, figs. 39, 41.

¹⁰⁰ Mayet, F., *Les céramiques de parois fines dans la Péninsule Ibérique*, París, 1975, pp.29-34, lám. IV-VIII.

¹⁰¹ Marabini Moevs, M.T., "The Roman thin walled pottery from Cosa (1948-1954)". M.A.A.R., XXXII, 1973, Roma, 59-62, f.40.

¹⁰² Rosser Limiñana, *op. cit.* (n. 90), pp. 91-92, fig. 5a.

¹⁰³ Ros Sala, *op. cit.*, (n. 73), pp. 103, 109, 138-140

cavaciones realizadas en 1903. Originalmente utilizadas para cocción de alimentos, su uso en ambientes funerarios está bien atestiguado como contenedor de cenizas en las necrópolis romanas de Ampurias, presentando diferentes variantes formales y perfiles y cronologías que abarcan desde los siglos II-I a.C. al I d. C., con una notable variedad y abundancia durante la primera mitad de este último¹⁰⁴. No obstante, el paralelo más estrecho formal y funcionalmente, se localiza en la necrópolis del "Parque de las Naciones" de Alicante, en la urna de la sepultura nº 1, que contenía entre el ajuar un vaso de paredes final de la forma Mayet XLII¹⁰⁵, fechado entre el 30 y el 100 d.C. Se puede encuadrar, de forma general, como una variante del tipo Vegas 1 siendo el tipo de olla de cerámica común más difundido por todas las provincias del Mediterráneo Central y Occidental, especialmente durante el alto-imperio¹⁰⁶.

Fruto de las excavaciones realizadas en 1957 es una olla/cazuela de cerámica gris común (TC-1957/6), con el borde exvasado, regresado, de tendencia horizontal y labio marcado (Fig. 19). Paredes con ligera curvatura, superficie rugosa en el exterior y marcadas estrías del torneado en la interior. Fondo de forma convexa, y pie, probablemente umbilicado, aunque no se conserva. Otros dos fragmentos de borde de otras tantas ollas (nº inv. TC 1957/7 y 1957/14), descubiertos en las mismas circunstancias, reproducen un perfil similar, con borde regresado, horizontal y de sección rectangular y la pared de tendencia rectilínea, muy similar a los que hallamos en las urnas ampuritanas de las incineraciones Torres, nº 33 y 42, asociadas a tapadera troncocónica¹⁰⁷ (Fig. 22 y 26). En cualquier caso, la información disponible para las tres últimas piezas de Torre Ciega impide corroborar su carácter de contenedor cinerario, pudiendo haber tenido otros usos, ya que son habituales en contextos domésticos y de diversa naturaleza.

Otros recipientes

Por otra parte, la existencia de contenedores/urna en forma de jarra bitroncocónica y con un asa, en la necrópolis de Torre Ciega parece que puede deducirse de una de las fotografías publicada por Jiménez de Cisneros, donde se reproduce un vaso de gran tamaño con este perfil, junto a dos urnas ibéricas y otra de cerámica gris reductora. El uso de recipientes de estas características con fines cinerarios está bien atestiguado en necrópolis contemporáneas a la de Cartagena, como las de Belo¹⁰⁸ y Carmona¹⁰⁹, por citar dos ejemplos bien estudiados¹¹⁰.

Además de los tipos habituales de *olla* utilizados en la necrópolis, y aún sin descartar otros usos, pudo haber desempeñado una función de contenedor de cenizas una cazuela africana de cocina, tipo Lamb. 10A, Hayes 23 A. (TC-1957/1), con 20 cm de diámetro en el borde, 14 cm en la carena y una altura de 4,75 cm. Muestra la pared exvasada y ligeramente ondulada, con el típico fondo convexo estriado en el exterior y separado de la pared por una marcada carena que en la cara interior se señala por una estría (Fig. 22). Desde el punto de vista formal corresponde a uno de los perfiles más antiguos de este tipo, con dimensiones reducidas y el borde ligeramente engrosado, redondeado y apenas diferenciado por el interior. Respecto al posible empleo como caja cineraria, en la sepultura nº 8 de la necrópolis Balles-ta de Ampurias se ha utilizado como urna una cazuela troncocónica de cerámica común, de menor tamaño, asociada a una tapadera del mismo barro¹¹¹; en el caso de nuestra cazuela, pudo haber sido usada junto a una tapadera de cerámica africana de cocina, de la forma Ostia III, 332 (Hayes 196A) (TC-1957/2), que apareció también en la excavación de 1957 (Fig. 22), aunque carecemos de información para establecer la relación topográfica entre ambas piezas. Presenta el caracterís-

¹⁰⁴ Almagro, *op. cit.* (n. 72), tabla tipológica, pp. 413-414.

¹⁰⁵ Rosser, *op. cit.*, (n. 90), pp. 86-88, fig. 2.

¹⁰⁶ Vegas, M., *Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental*, Barcelona, 1973, tipo 1 "ollas con borde vuelto hacia afuera", pp. 11-16, ff. 1-3.

¹⁰⁷ Almagro, *op. cit.*, (n. 72), pp. 171, fig. 142 y 174, fig. 146.

¹⁰⁸ Remesal, *op. cit.* (n. 77), p. 38.

¹⁰⁹ Bendala, M., *La necrópolis romana de Carmona*, Sevilla, 1976, p. 107.

¹¹⁰ En la propia Cartagena pueden verse perfiles similares a los aquí recogidos en los niveles de relleno del anfiteatro, fechados en la primera mitad del siglo I d.C. Vid. Pérez Ballester, J., Borreda, R. y Cebrián, R., "La cerámica de cocina del siglo I d. C.: en Carthago Nova y sus precedentes republicanos", *Cerámica comuna romana d'època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió*, Barcelona, 1995, pp. 193-195.

¹¹¹ Almagro, *op. cit.*, (n. 72), p. 50, fig. 7. La cazuela presenta 4 cm de altura, 15,5 cm de diámetro en el borde, y 13 cm en el pie, dimensiones inferiores al ejemplar de Cartagena que aquí comentamos.

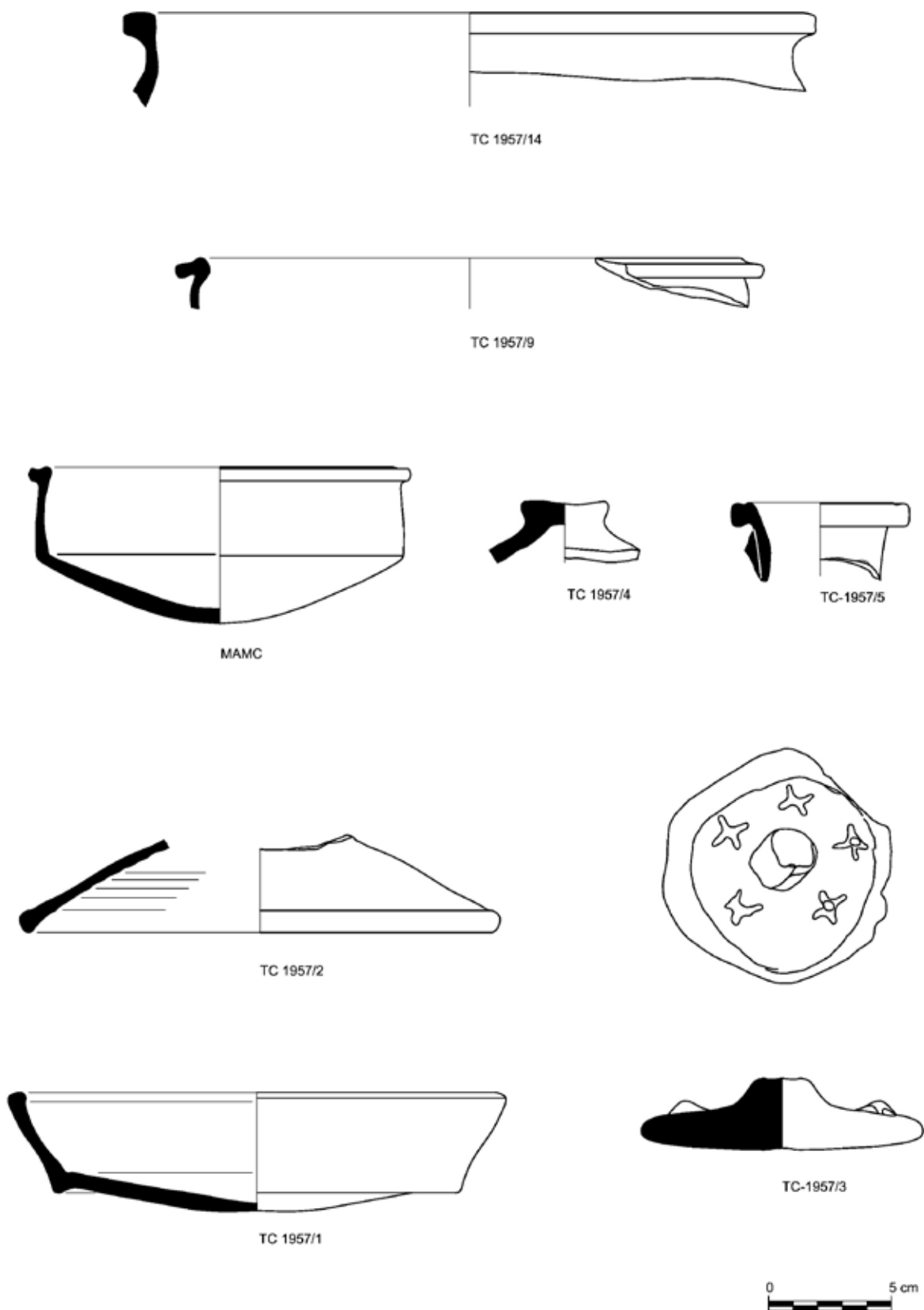


Fig. 22.- Distintas cerámicas halladas en la necrópolis de la Torre Ciega, depositadas en el Museo de Arqueología Municipal de Cartagena.

tico borde indiferenciado y ennegrecido, con las estrías del torneado en la superficie interior de la pared. Es una forma frecuente sobre todo desde época flavia hasta finales del siglo II¹¹², si bien en Celsa y Baetulo se ha señalado su presencia en niveles de época de Claudio¹¹³.

Por otra parte, una cazuela de cerámica común de borde aplicado, pared rectilínea y fondo convexo, destaca por una fuerte carena, recuerda el perfil de la cazuela africana de cocina Ostia II, 312, tradicionalmente fechada entre Tiberio e inicios del siglo II d.C.¹¹⁴, aunque en nuestro caso sin el estriado externo del fondo.

Objetos de hierro

Como ya adelantábamos en epígrafe previo, entre el material recogido en las excavaciones de P. San Martín de 1957, se halló un conjunto de clavos y piezas de hierro, sin duda relacionados con algún elemento de madera (Fig. 23). No disponemos de información escrita sobre las circunstancias y el material arqueológico al que aparecían asociados. En una de las fotografías de la colección Cañabate aparecen extendidos junto a ocho ungüentarios de cerámica, por lo que hay que suponer una procedencia común. Se trata de cuatro grapas com-



Fig. 23.- Objetos de hierro hallados en la excavación de P. San Martín en 1957.

¹¹² Aquilué, X., "Algunas consideraciones sobre el comercio africano. Tres facies características de la cerámica común africana de época alto-imperial", *Empuries*, 47, 1985, p. 211.

¹¹³ Aguarod Otal, M. C., *Cerámica romana importada de cocina en la Tarraconense*, Zaragoza, 1991, pp. 247-248.

¹¹⁴ Aquilué, X., "La cerámica común africana", *Ceràmica comuna romana d'època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió*, Barcelona, 1995, p. 68.

pletas, aunque dos fracturadas por la mitad, o pequeñas asas de hierro, a los que hay que sumar los fragmentos de otras dos. Tienen una anchura de 4,7 cm, aunque la fuerte oxidación impide precisar su anchura original. La altura es de 5,3 cm. en la mejor conservada, de los cuales 2,6 cm corresponden a la parte introducida dentro de la madera. Una pieza de características similares se ha constado en la necrópolis de Ampurias, incineración Torres, nº 10¹¹⁵, y se describe como una grapa en forma de gancho. Además, aparecen varios clavos de hierro de sección cuadrada, de los que el mejor conservado tiene una longitud 12 cm aunque le falta el extremo inferior y la cabeza es circular. Los clavos de hierro son un elemento habitual en las incineraciones emporitanas coetáneas. Completan el conjunto dos bisagras; una de las piezas tiene 3,8 cm de ancho y 4 cm de largo hasta el supuesto gozne o escuadra, que no se puede apreciar bien debido al fuerte grado de oxidación; la otra tiene una anchura de 4 cm y una longitud conservada de 5,7 cm.

Ungüentarios

Estos envases de perfumes y bálsamos, utilizados en las ceremonias funerarias constituyen un elemento habitual en los ajuares de las sepulturas de incineración. En Torre Ciega han aparecido fabricados en vidrio y en cerámica. Los primeros se conocen solo por referencias de hallazgos antiguos, ya que no hemos localizado ninguno entre los fondos del Museo; por el contrario, los de cerámica, reseñados igualmente por menciones historiográficas, constituyen el objeto más común entre los ajuares conservados. En total se conservan 13 ejemplares, de características similares y que sólo varían ligeramente en las dimensiones, y en la forma del cuerpo, bien de tendencia globular o bien fusiforme. Nueve se conservan completos, uno ha perdido el borde y los tres restantes el pie (Fig. 14). Se pueden encuadrar dentro del tipo C5, que en Cádiz se fecha desde la segunda mitad del siglo II a.C. hasta el cambio de Era¹¹⁶.

Constituye un conjunto uniforme de piezas con características muy similares, que en su mayor parte debieron salir del mismo alfar (Fig. 24). En el catálogo del Mu-

seo Arqueológico Municipal de Cartagena se especifica que siete piezas (nº 483/1-7) provienen de las excavaciones realizadas por González Simancas en 1927, mientras que las seis restantes (nº 837/1-6) habrían sido halladas durante los trabajos de P. San Martín en 1957. Ahora bien, si para las primeras no existe referencia alguna de tal hallazgo, ni escrita ni gráfica, en el archivo fotográfico de la excavación del segundo, que custodia el Archivo Municipal de Cartagena, se conserva una fotografía con el momento del hallazgo de un conjunto de ungüentarios de este tipo, aunque no se puede determinar el número de ejemplares, si bien en otra imagen se aprecian ocho ungüentarios ya restaurados colocados de pie sobre trípodes metálicos, que deben corresponder a los exhumados. Por otra parte, Jiménez de Cisneros menciona haber visto, con anterioridad a las excavaciones del militar cordobés, en casa de D. Vicente Conesa, "*muchos fragmentos de ungüentarios de vidrio y de barro cocido; algunos con esmalte negro brillante; otros enteros, dos de ellos de barro gris durísimo*", hallados en una finca situada en el paraje de Torre Ciega¹¹⁷. Analizados todos estos ungüentarios, hemos podido comprobar cómo algunos de los ejemplares que en el catálogo del Museo se asocian a las excavaciones de González Simancas (nº inv. 483/1, 483/2, 483/3 y 483/4) aparecen en las fotografías de la excavación de P. San Martín, de la que por tanto podrían proceder.

La altura oscila entre los 27,6 y los 29 cm, con variaciones de escasos milímetros entre los distintos ejemplares. El diámetro del borde varía entre 2,6 cm y 3 cm, mientras que el diámetro del pie lo hace entre 2,5 y 2,7 cm. Presentan forma fusiforme, aunque con el cuerpo de tendencia ligeramente ovoide, pie plano indicado al interior tras una caña rectilínea; cuello cilíndrico recto y largo, terminado en borde exvasado de sección triangular, más ancho que la caña del cuello, que en algunos casos está torcido respecto al eje de revolución lo que indica su modelado como pieza separada. Realizados a torno, su decoración se resuelve mediante pintura marrón en las $\frac{3}{4}$ partes del cuello exterior y sobre $\frac{1}{4}$ parte del interior. Recubre también el borde externo e interno; en un ejemplar cae un chorrete sobre el cuerpo. Ofre-

¹¹⁵ Almagro, *op. cit.* (n. 72), p. 151, fig. 119.

¹¹⁶ Muñoz Vicente, A., "Avance sobre el estudio de los ungüentarios helenísticos de Cádiz", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, /1986, vol. II, Actividades sistemáticas, Sevilla, 1987, pp. 520-525.

¹¹⁷ Jiménez de Cisneros, *op. cit.* (n. 51), p. 266.

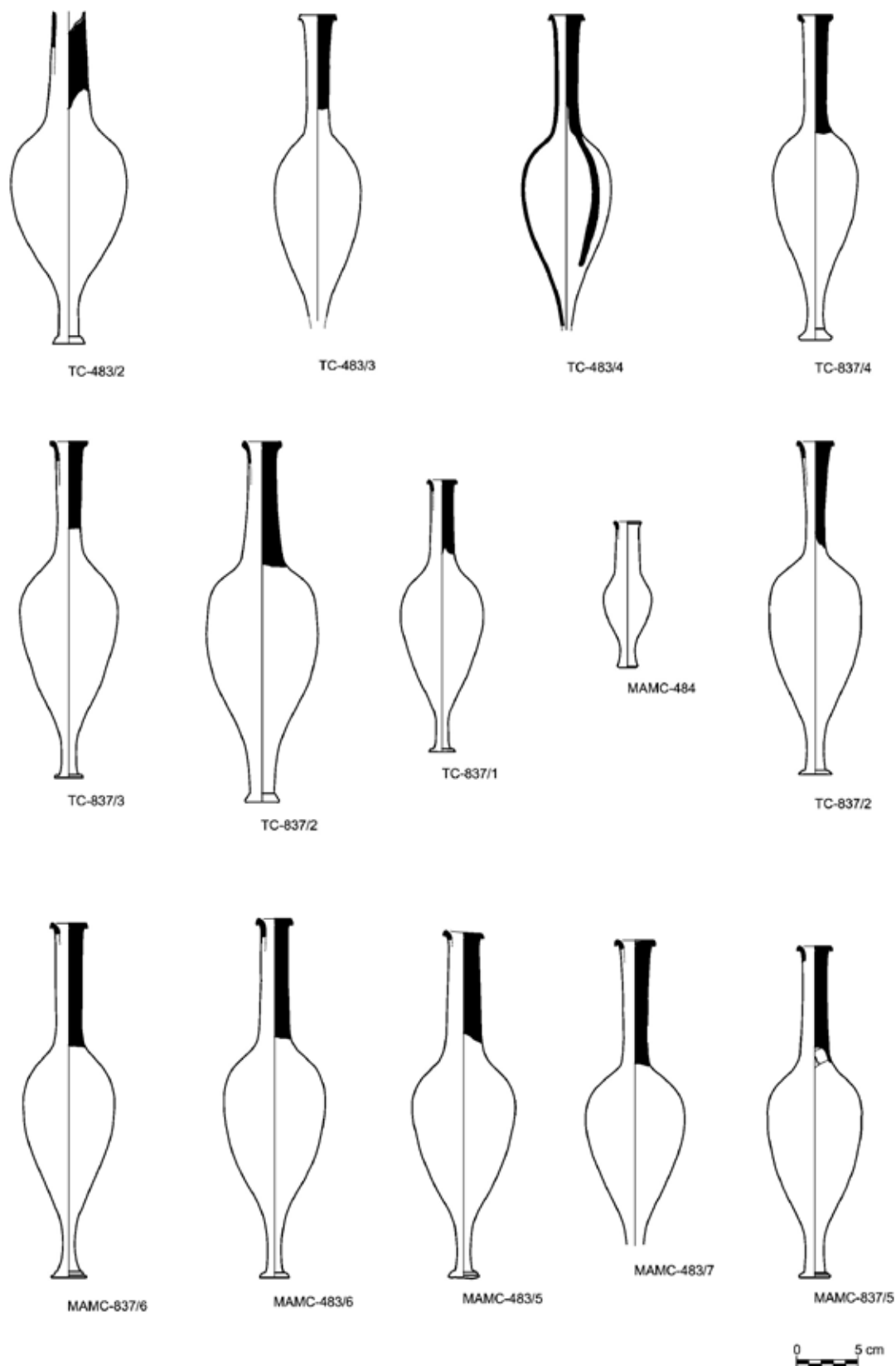


Fig. 24.- Ungüentarios depositados en los fondos del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, procedentes de las excavaciones en la necrópolis de la Torre Ciega de González Simancas, en 1927, y P. San Martín en 1957.

cen un acabado engobado sobre superficie marrón clara desde una arcilla beige.

Completa la serie de ungüentarios un ejemplar de dimensiones menores y tendencia fusiforme con el borde simple, exvasado, cuello largo cilíndrico, cuerpo fusiforme y pie corto. Arcilla anaranjada y superficie con engobe marrón claro y restos de pintura sobre el borde y cuello (MAMC-484). El diámetro del borde es de 2 cm; la altura de 11,6 cm y el diámetro del pie, 1,9 cm. Se incluye dentro del tipo C6 de Muñoz y fue hallado en las excavaciones de 1957 realizadas por P. San Martín, según consta en un documental realizado durante los trabajos, cuya copia se conserva en el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, que muestra el momento preciso del hallazgo¹¹⁸.

Como en la mayor parte de las necrópolis contemporáneas, también en Cartagena debieron ser muy abundantes en el ámbito funerario. Estos ungüentarios son el resultado de una larga evolución que arranca de formas griegas de los siglos V y IV a.C., y que conocen un amplio desarrollo y difusión durante la época helenística, entre los siglos III-I a.C., siendo muy abundantes en yacimientos del Mediterráneo Oriental, central y occidental¹¹⁹. En este sentido, las necrópolis de Ampurias han procurado una amplia serie que permite documentar la evolución de estos frascos desde los siglos V-IV a.C. hasta el s. II a.C., si bien, y en relación a los ejemplares de Cartagena, suelen tener menor altura¹²⁰. Lo mismo sucede con los ejemplares aparecidos en las necrópolis ibéricas del Cigarralejo y Cabecico del Tesoro, asociados, en su mayor parte, a materiales característicos del siglo II a.C.¹²¹; igualmente son habituales en las necrópolis púnicas, como la de Puig des Molins, lo que ha hecho

que algunos autores los incluyan dentro de las series púnicas¹²². No vamos a repetir los paralelos establecidos en otra publicación, a la que remitimos¹²³, a los que podríamos añadir otros más localizados en la necrópolis de la calle Bodega de Córdoba, junto a cerámica campaniense y un cubilete de paredes finas¹²⁴ o en Villajoyosa; tan sólo queremos recalcar como rasgo específico de las piezas de Torre Ciega su altura, distintiva de la fase final en su dilatada evolución, que en nuestro caso debemos centrar en torno a época augustea, o, al menos dentro de la segunda mitad del siglo I a.C., a juzgar por el perfil del ánfora situada, al parecer, sobre la fosa en la que se depositaron.

Elementos acompañantes: las cerámicas de mesa y cocina

Las excavaciones de 1957 permitieron recuperar un lote de cerámicas de naturaleza diversa (Fig. 25) que vienen a sumarse a las ya conocidas y publicadas en un trabajo anterior (MAMC-775 y MAMC-764). Destaca un fragmento de fondo de cerámica campaniense B, probablemente del área campana, con pasta beige clara, que debe corresponder a un plato de la forma Lamb. 5 o Lamb. 7, cuya cronología se tiende a prolongar hasta finales del siglo I a.C. Ya de plena época imperial es una copa de TSSG, Drag. 27b (TC-1957/8), a la que falta el borde, cuya cronología se extiende entre época tiberiana y finales del siglo I, siendo una de las formas de mayor éxito y difusión en el ámbito de esta producción¹²⁵. En cerámica común de mesa hay que mencionar dos fragmentos de platos de borde reentrante (TC-1957/12 y TC-1957/16) (Fig. 26), y el borde/cuello de una jarra monoansada (TC 1957/5) de 7,1 cm de diámetro (Fig. 22), con una fina ranura sobre el labio, que reproduce

¹¹⁸ Este documento gráfico fue cedido a Dña. María Comas, coordinadora general de Arqueología por D. José Abilio Mulero Mercader. El documento original, en película de Súper 8, ha sido restaurado y trasladado a formato digital para garantizar una mejor conservación.

¹¹⁹ Forti, L., *Gli unguentari del primo periodo ellenistico*, Napoli, 1963.

¹²⁰ En las sepulturas más tardías, fechadas por la aparición en el ajuar de platos aretinos, el tipo de ungüentario característico es de forma fusiforme, cuello cilíndrico y sin pie, de morfología similar a los de vidrio contemporáneos. Vid. Almagro, *op. cit.* (n. 72), tabla en p. 407.

¹²¹ Vid. para los ejemplares del Cigarralejo, Cuadrado, E., "Ungüentarios cerámicos en el mundo ibérico. Aportación cronológica", *AEspA*, L-LI (n. 135-138), 1977-78, pp. 389-404; los ungüentarios fusiformes se engloban dentro del Grupo B, y en particular los más próximos a Torre Ciega son la forma B-VI con alturas normales que alcanzan los 25 cm. Los ungüentarios del Verdolay, fueron recogidos por Martín Morales, C., *Los ungüentarios de la necrópolis del Cabecico del Tesoro, Verdolay, Murcia*, Memoria de licenciatura inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 1975.

¹²² Adroher Auroux, A. M., "La cerámica de tradición púnica (siglos III-I a. C.)", *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, D. Bernal Casasola y A. Ribera Lacomba, (eds. Científicos), Cádiz, 2008, p. 196.

¹²³ Ramallo Asensio, *op. cit.* (n. 73), pp. 129-133, fig. 3.

¹²⁴ García Matamala, B., "Enterramientos con urnas de tradición indígena en Corduba", *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano*, D. Vaquerizo, (ed.), Córdoba, 2002, p. 289, lám. VIII.

¹²⁵ Genin, M., "La tipo-chronologie", en M. Genin (dir.), *La Graufesenque (Millau, Aveyron), II. Les sigillées lisses et autres productions*, Éditions de la Fédération Aquitania, 2007, pp. 325-326.

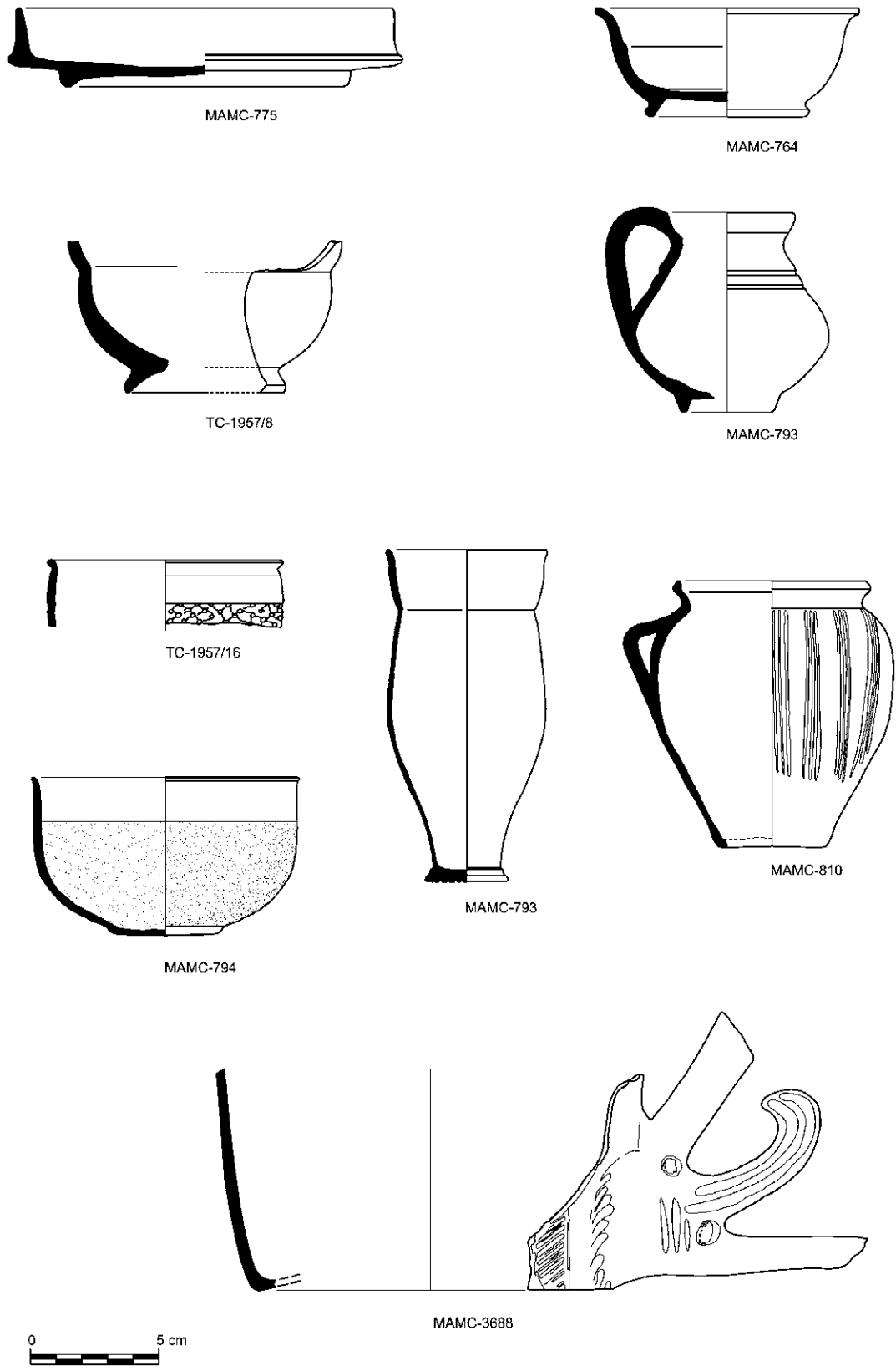


Fig. 25.- Cerámicas aretinas, gálicas y de paredes finas depositadas en los fondos del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, procedentes de la necrópolis de la Torre Ciega.

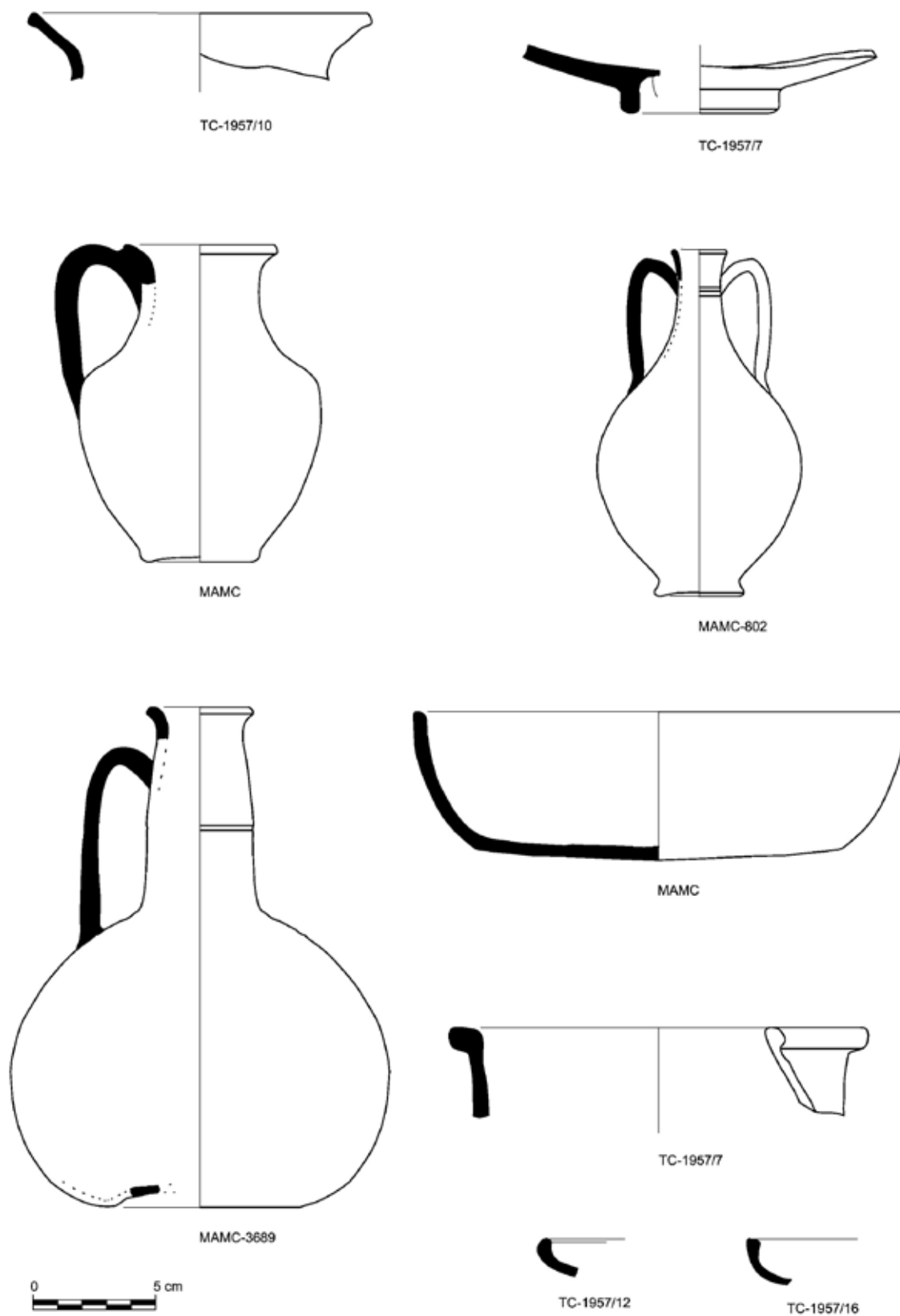


Fig. 26.- Cerámicas comunes depositadas en los fondos del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, procedentes de la necrópolis de la Torre Ciega.

en cerámica común oxidante, la forma Abascal 19 de la cerámica pintada de tradición ibérica y que constituye un precedente de la forma 13 de la ERW 3 de Reynolds¹²⁶. En general, la jarra de cuello cilíndrico y largo, bien con el cuerpo globular, o bien de forma ovoide o bitroncóica, se halla bien representada como parte del ajuar funerario en las incineraciones de comienzos del siglo I d.C., al igual que los vasitos de paredes finas¹²⁷, si bien en nuestro caso no podemos precisar su ubicación original. Lo mismo acaece con una tapadera de ánfora de 11,5 cm de diámetro y c. 2,7 cm de altura máxima en la protuberancia central de sujeción, en torno a la cual se desarrolla en relieve un motivo con cinco estrellas en relieve (TC-1957/3) (Fig. 22) y con el resto de piezas que se comentan a continuación. Entre el grupo de jarras conviene también destacar un fragmento de borde exvasado, muy abierto y cuello corto (TC-1957/10) que encuentra paralelos muy cercanos en una pieza hallada en los niveles preflavios de relleno del anfiteatro¹²⁸ y en otra de un pozo de época de Domiciano de Liria¹²⁹. A esta última forma, de la que constituiría un precedente, se puede referir nuestro olpe biansado (MAMC-802), de cuerpo ovoide y borde ligeramente exvasado, y cuello indiferenciado decorado con dos acanaladuras paralelas, que genéricamente encuadramos dentro del tipo Vegas 40 y más concretamente con el prototipo 1, ilustrado por un ejemplar de Sutri, fechado entre los años 60-70 d.C.¹³⁰. Cierra la serie de cerámica común un fragmento de cazuela con el borde vuelto al exterior (TC-1957/9) (Fig. 22) y algunos fragmentos más de difícil adscripción tipológica.

Vasos de paredes finas

Junto a ungüentarios de vidrio y cerámica los vasitos de paredes finas son frecuentes en el ajuar de las sepulturas de incineración del siglo I d.C. particularmente en las de época claudiana¹³¹. (Fig. 25). En Torre Ciega hay que reseñar un cuenco hemisférico con paredes arenosas de producción bética (MAMC-794), de la forma Mayet XXXVII¹³², y un vaso ovoide con borde oblicuo exvasado, fondo plano, asa de perfil triangular y decoración con haces de líneas verticales (MAMC-810), del tipo Mayet XXIV (Marabini, XV)¹³³, al que se suele atribuir una procedencia itálica, que suele ser habitual en niveles de Tiberio-Claudio, aunque con antecedentes en niveles augusteos¹³⁴, ambos publicados con anterioridad por uno de nosotros, a los que hay que añadir un fragmento de borde y pared, con engobe brillante anaranjado y decoración de barbotina, perteneciente, probablemente, a un bol o taza del tipo Mayet XXXVIII, (TC-1957/16) tradicionalmente atribuida a talleres béticos¹³⁵, y ampliamente atestiguada en contextos claudio-neronianos y flavios. Completa la serie de vasitos de paredes finas conservados en el MAMC un cubilete de perfil fusiforme (MAMC-783), con borde alto e inclinado al exterior, pie moldurado y fondo plano, que formalmente se puede considerar una variante de los tipos Mayet I y II, con los que comparte el perfil del cuerpo pero difiere en la longitud e inclinación del borde, más cercano, por el contrario, a algunas variantes de la forma III, de supuesto origen itálico pero también con centros de producción ibicencos¹³⁶ (Fig. 25).

¹²⁶ Abascal Palazón, J. M., *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica, Centros de Producción, comercio y tipología*, Madrid, 1986, pp. 140-141; Reynolds, P., *Settlement and Pottery in the Vinalopó Valley (Alicante), Spain* A.D. 400-700, BAR I.S., 588, Oxford, 1993, pp. 99-101.

¹²⁷ Cfr. los ajuares de las incineraciones 1 y 2 de la necrópolis de Los Cuarteles de Valera. García Pantoja, M^a E. y Montañés Caballero, M., "Intervención arqueológica en la necrópolis romana de Cádiz. Los Cuarteles de Varela", *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1998*, III, vol. 1, Sevilla 2001, pp. 20-25.

¹²⁸ Pérez Ballester, Borreda y Cebrián, *op. cit.* (n. 110), p. 196, fig. 12.9.

¹²⁹ Escrivà Torres, V., "Cerámica común romana del *municipium Liria Edetanorum*. Nuevas aportaciones al estudio de la cerámica de época altoimperial en la *Hispania Tarraconensis*", *Cerámica comuna romana d'època Alto-Imperial a la Península Ibérica. Estat de la qüestió*, Barcelona, 1995, p. 175, fig. 6. Corresponde al Tipo F1 II.3, Subtipo 2, de la clasificación de este autor.

¹³⁰ Vegas, *op. cit.* (n. 106), p. 97, fig. 33.

¹³¹ Véase por ejemplo para el ámbito gaditano, Reinoso del Río, M. C., "Cerámica romana de paredes finas del Museo Provincial de Cádiz. Estudio de materiales. 2000" *Anuario Arqueológico de Andalucía/2000*, Actuaciones sistemáticas, Sevilla, 2003, pp. 97-110.; Almagro Gorbea, M., "Notas sobre la seriación de las urnas de la Necrópolis SE de Belo", *MCV*, 18-1, 1982, pp. 419-426.

¹³² Mayet, *op. cit.* (n. 100), p. 73, lám. XXXVIII-XXXIX; Marabini, *op. cit.* (n. 101), pp. 132-137.

¹³³ Marabini, *op. cit.* (n. 101), pp.

¹³⁴ Mayet, F., *op. cit.* (n. 100), pp. 58-59, ns. 201-208, lám. XXVII y Marabini, *op. cit.* (n. 101), pp. 156-159, lám. 28-29.

¹³⁵ López Mullor, A., "Las cerámicas de paredes finas en la *fachada mediterránea de la Península Ibérica y las Islas Baleares*", *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, D. Bernal Casasola y A. Ribera i Lacomba, (eds. Científicos), Cádiz, 2008, p.369.

¹³⁶ López Mullor, *op. cit.*, (n. 135), p. 348, fig. 3. Cfr. también *Atlante II, cerámica a pareti sottili*, tipo I/15, de época tardorrepublicana (p. 247, lám. LXXIX).

Un carácter excepcional muestra un vaso plástico de paredes finas decorado con la proa de una *navis longa*, con el *rostrum* o espolón, fragmentado en el extremo, y un segundo vástago de forma tubular, recto y hueco en el centro, por encima de la roda curvada, que aparece atravesada a su vez longitudinalmente por dos acanaladuras (MAMC-3688). Dos botones circulares de arcilla podrían evocar, al menos el inferior, los ojos apotropáicos de la nave (Fig. 25). El vaso está modelado con arcilla anaranjada, fina y depurada con la superficie alisada, de color marrón claro y partículas brillantes y negruzcas al exterior. A ambos lados de la proa se extiende un motivo inciso en forma de espiga, enmarcado en una franja vertical. Debió aparecer durante las excavaciones de Fernández Villamarzo en 1903, en alguna de las sepulturas de la necrópolis, ámbito funerario donde este tema está bien atestiguado. Así, y con un carácter mucho más monumental, nos encontramos la proa de barco labrada en granito en Córdoba¹³⁷ que remataba la superestructura de una incineración¹³⁸ y, en mayor número, en las necrópolis ostienses, donde destacan los bloques de mármol que representan parte de una proa, que parecen haber estado asociados al sepulcro de *Cartilius Poplicola*, quizás reflejando algún hecho importante en la vida del difunto¹³⁹. Vasos plásticos con esta forma, pero mucho más elaborados y con decoración compleja, fechados en época helenística, han sido interpretados en la esfera cultural, relacionados incluso con Cibeles, si bien la ausencia de información sobre el contexto original en que se hallaron impide corroborar la hipótesis¹⁴⁰. Frente a estos ejemplares, algunos modelados en cerámica de figuras rojas suritálicas, en nuestro caso se trata de un trabajo mucho más esquemático que, además de un posible uso en las ceremonias funerarias, pudo tener un valor simbólico, como representación del tránsito hacia el más allá, al margen de que el individuo enterrado pudiera haber tenido alguna vinculación con actividades relacionadas con el mar. Tampoco hay que obviar, dada la posible cronología augustea del vaso, un significado alegórico en el marco de la victoria de Accio.

¹³⁷ Vaquerizo, *op. cit.* (n. 78), pp. 210-211.

¹³⁸ Vaquerizo, *op. cit.* (n. 58), p. 154, fig. 7. A.

¹³⁹ Bloch, H. et al., *Scavi di Ostia III. Le necropoli repubblicane ed augustee*, Roma, 1957, pp. 179-181, lám. XXXII.

¹⁴⁰ Ambrosini, L., "I vasi apuli a prua di trireme", *MEFRA*, 122, 1, 2010, pp. 73-115.

Escultura

En el fichero del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena se cita una "pequeña escultura en piedra que sólo se conserva de cintura para abajo", con el número de inventario 1227, que no ha podido ser localizada entre los fondos y colecciones de la institución. La referencia, de ser cierta, es de gran interés, ya que demostraría la existencia de sepulturas de mayor entidad monumental.

ELEMENTOS RELACIONADOS CON EL ADORNO PERSONAL: LAS CUENTAS DE COLLAR Y ANILLOS

Entre los objetos de adorno personal destacan seis cuentas de collar (MAMC- 839/1-6) encontradas durante las excavaciones de 1957, de las cuales cuatro estaban realizadas en pasta vítrea de color azulado; una de ellas, de tonalidad azul intenso, muestra forma gallonada y otra, de forma globular achatada, presenta decoración oculada, habitual en contextos tanto ibéricos como de raíz púnica. Otra de las cuentas, de forma ovalada, es de piedra caliza, pulimentada y pintada, mientras que la restante, de forma ovalada y 9 mm de longitud está trabajada en ámbar (Fig. 27).

Jiménez de Cisneros menciona también, entre los objetos de ajuar de uso personal, el hallazgo de un sencillo anillito de oro aparecido durante las excavaciones de Fernández Villamarzo, e igualmente el catálogo del Museo Arqueológico Municipal inscribe con el nº 2929 "un pendiente de oro pequeño", hallado de forma casual en 1984.

LA APORTACIÓN CRONOLÓGICA DE LAS EMISIONES MONETALES

No hemos identificado en los fondos del Museo de Cartagena ninguna moneda que tenga como procedencia la necrópolis de Torre Ciega. A las referencias señaladas más arriba, hay que añadir otras de Jiménez de Cisneros sobre el hallazgo de dos emisiones de Carthago Nova, una de ellas con cabeza de Pallas/estatua sobre pedestal y leyenda CVIN (RPC, 151 = Llorens, tipo IV) y otra

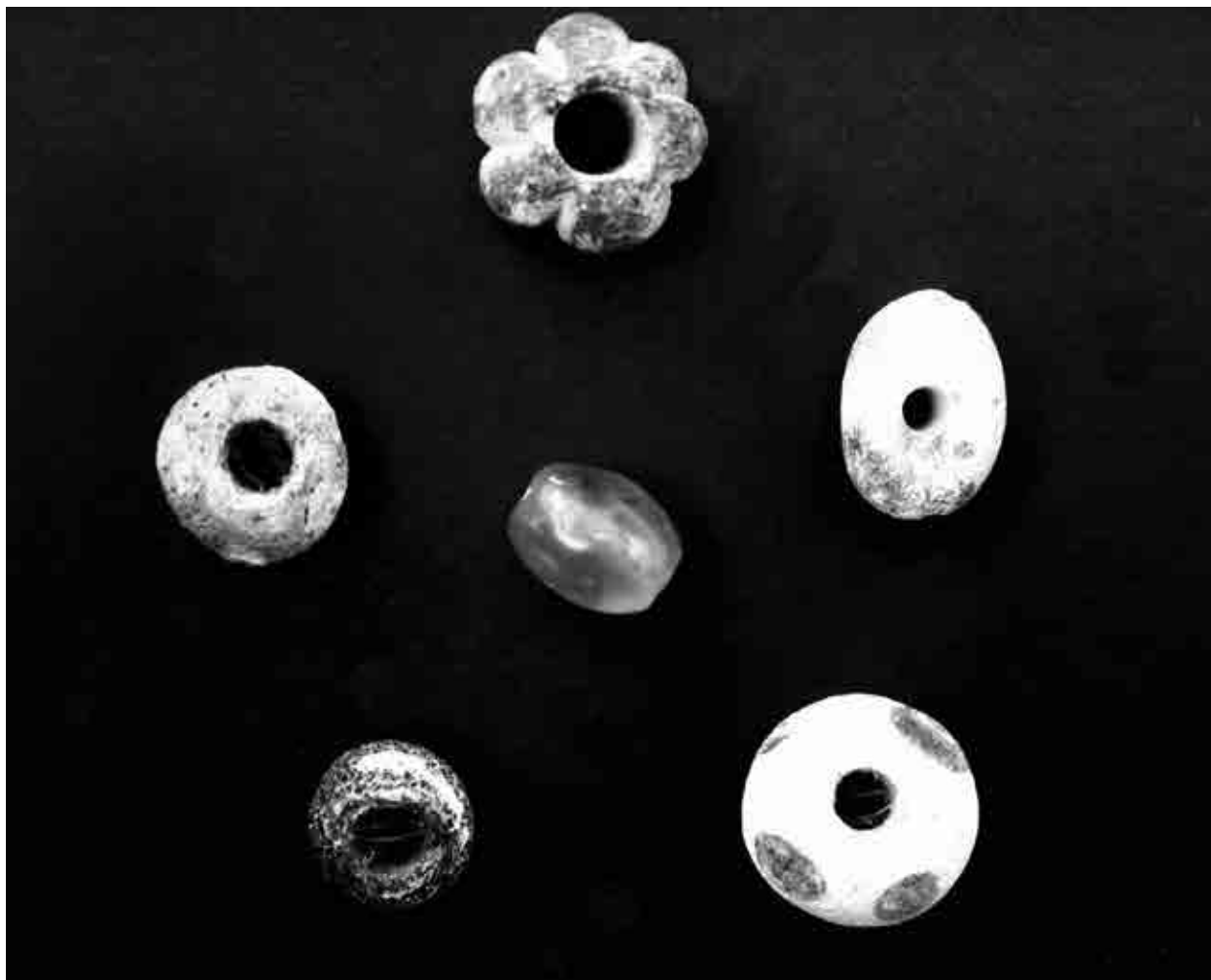


Fig. 27.- Cuentas de collar de pasta vítrea, ámbar y caliza, halladas en 1957 en la excavación de P. San Martín en las proximidades de la Torre Ciega.

que corresponde a un semis acuñado por *M. Postumius Albinus* y *L. Porcius Capitus* (RPC 171 = Llorens, XIV), de época tiberiana; a este mismo período remite la emisión de Ilici, con el altar de *Salus Augusta* como tipo acuñado por *M. Iulius Setal* y *L. Sestius Celer*, ubicada cronológicamente entre el 22-23 d.C. (RPC 196-197 = Llorens, 5ª emisión)¹⁴¹. En general, los restos numismáticos constatados, aún con la precaución que conlleva la no realización de autopsia directa, procuran un marco cronológico entre la segunda mitad del siglo I a.C., y la primera mitad de la centuria siguiente, datación que concuerda con las referencias que proporcionan la tipología de las sepulturas, cerámicas y otros elementos del

ajuar funerario. No obstante, no hay que descartar una continuidad hasta época flavia.

A MODO DE RECAPITULACIÓN

El análisis aquí presentado constituye solo un avance del estudio integral, más amplio, de esta área cementerial de la ciudad de Carthago Nova, contemplado dentro del Proyecto de Investigación que sobre la topografía y urbanística de Carthago Nova trabajamos en la actualidad junto con un equipo de composición interdisciplinar. Previo a avanzar en un estudio más amplio y diverso de este sector, contemplado dentro de la génesis y

¹⁴¹ Vid. para Cartago Nova, Llorens Forcada, M. M., *La ciudad de Cartago Nova: las emisiones romanas*, Murcia, 1994 y para Ilici, Llorens, M. M., *La ceca de Ilici*, Valencia, 1987.

evolución de los entornos extraurbanos de la ciudad, era imprescindible recopilar, ordenar e interpretar la documentación literaria y gráfica existente en los archivos de las diferentes administraciones, acerca de las distintas intervenciones casuales y/o intencionadas y excavaciones antiguas y modernas realizadas hasta el momento, y su cotejación con los materiales depositados en el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena. A partir de esta documentación se comprueba la entidad de esta necrópolis que se desarrolla durante las últimas décadas del s. I a.C. y gran parte del s. I d. C., abriéndose nuevas perspectivas de trabajo que nos permitirán profundizar algunos aspectos aquí solo esbozados dada la naturaleza del volumen que contiene este trabajo.